

La Ilustración Artística



Artística

Año XXV

BARCELONA 4 DE JUNIO DE 1906

NÚM. 1.275



SS. MM. EL REY ALFONSO XIII Y LA REINA VICTORIA

(De fotografías de Franzen. Dibujo de Diéguez.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El tenor*, por S. Gomila. — *La boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII.* — *El viaje de la princesa Victoria de Battenberg desde Irún al Pardo.* — *El «Wedding cake».* — *Trajes de S. M. la reina Victoria.* — *En la paz de los campos*, novela (continuación). — *Entierro del bey de Túnez.* — *Enrique Ibsen.*

Grabados.—*SS. MM. el rey Alfonso XIII y la reina Victoria.* — *Tapa del álbum regalado á S. M.* — Dibujo que ilustra el artículo *El tenor.* — *Corona ofrecida á S. A. la princesa Victoria y arquilla en donde va encerrada.* — *Retratos de S. M. el rey D. Alfonso XIII.* — *Salón del Trono del Palacio Real de Madrid.* — *Joyas regaladas á la princesa Victoria de Battenberg.* — *Episodios del viaje de la princesa desde Irún al Pardo.* — *Vistas del palacio del Pardo y del Palacio Real de Madrid.* — *El «Wedding cake».* — *Trajes de novia de S. M. la reina Victoria.* — *Mahomed el Nasr.* — *Entierro del bey Sidi Mahomed el Hadi.* — *Enrique Ibsen.* — *Monumento de R. Nordraak en Berlín.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días la crónica periodística ha dado materia para un sensacional folletín, con todo lo del castillo abarrotado de plata kleptomaniada por uñas principescas, y algo más, muy folletinesco también, que completa el carácter de tan curiosa historia mundana.

Las reflexiones de índole social á que estos hechos se prestan, no han escaseado «detrás del abanico de nácar y de oro,» como el poeta diría. Pero sin necesidad de entrar en el perfumado recinto de los salones, con sólo acudir al buen sentido popular, bastaría para que se recomendase una prudente cautela respecto á ciertos meteoros que cruzan la atmósfera, á cierta gente que viene de lueñas tierras á echar polvo dorado á los ojos de los incautos, y á ganarse, á golpe de emparedados y claret, una consideración acaso perdida definitivamente en otros países. Y sin embargo, merece notarse el síntoma, la mejor acogida está preparada siempre aquí para los allegadizos cuyos antecedentes menos se conocen. Es una tendencia que bastardeará la sociedad española en breve plazo, dándole ese aspecto híbrido, cosmopolita, lo que en París se llama de *caravansérail*, que destruye toda culta intimidad y toda discreta confianza.

Aunque sea de otro género muy distinto, esta tragedia de los príncipes Adolfo de Wrede me recuerda el gracioso episodio de la venida á Madrid, poco antes de la guerra, del escritor y turista yanqui Chatfield Taylor. Llegó este señor provisto de recomendaciones que le abrieron de golpe y porrazo puertas muy cerradas, y no se las abrieron para fiestas en grande, sino para lo que llamaban en Francia las *petites entrées*. Se le obsequió á todo trapo, se le prodigaron amabilidades, y formó parte del círculo íntimo de algunas casas de lo más *clanista* de la corte. Y apenas hubo regresado á su patria el escritor, se apresuró á publicar un libro cuya cubierta es encarnada y amarilla, pero en el cual se pone de oro y azul á la misma sociedad donde le festejaron. Sus únicas frases de respeto y algo más eran para Castelar, para quien esto escribe, y para otras dos ó tres personalidades intelectuales, que no le habíamos ofrecido ni una mala taza de te; y lo cuento, no por jactarme, sino por que conste que ninguna queja personal puedo tener de Chatfield Taylor. Sólo digo que es preciso andarse con relativo cuidado en esto de la hospitalidad. Espíritu hospitalario, sí; pero no preferencia decidida al que lleva un nombre de difícil pronunciación, sólo por el hecho de llevar ese nombre. ¿De dónde vienen? ¿A qué vienen?, es lo menos que cabe preguntar ante esa X social que es una familia extranjera, caída en Madrid de las nubes, en busca de facilidades y transigencias que en otra nación no encontraría.

¿Tiene usted ya billetes de convite para esto, aquello y lo otro? ¿Quién los da? ¿Cómo se dan? ¿Por qué concepto se dan esos billetes?

Ofrezco un premio á quien me acierte estas charadas.

Lo del reparto de los billetes de convite para las solemnidades (funciones de gala en los teatros, corridas regias, etc.), pica en historia y da lugar siempre á infinitas desazones. Díjome una vez un funcionario serio y respetable, que el único motivo por el cual presentaría su dimisión sería porque le ordenasen re-

partir otra vez las localidades de una gala en el Real.

Yo creo, sin embargo, que estos repartos no serían tan difíciles si los que los hacen atendiesen un poco á los porqués, cómo y cuántos de todo obsequio, y tuviesen firmeza para no dejarse arrollar por exigencias y peticiones sin fundamento ni base. La inmensa mayoría de los que solicitan billetes en casos como este, no tienen razón ni motivo alguno para solicitarlos. Son gente que no aparece en la superficie social sino cuando hay que pescar diversiones gratis, en las cuales quieren, no sólo ocupar el mejor puesto, sino dar puestos excelentes á su familia, compadres y vecinos del piso cuarto. Y claro es que á tales pretensiones no se debiera atender sino con un encogimien-

tante europea existe. Se ha intentado varias veces abrir subscripciones entre el vecindario para subvenir á la creación de Asilos, cantinas, casas de dormir para los pobres, como las que existen en Londres y París y dan tan excelente resultado, etc.; pero al segundo mes las subscripciones disminuyen, mientras el limosneo callejero, grato á nuestra indolencia, continúa en todo su esplendor. ¿No sería un medio de estimular la perseverancia del vecindario en la subscripción benéfica el tomar como criterio de derecho en la petición de billetes las cuotas de los vecinos, no sólo en su cuantía, sino en el tiempo que hace que las vienen satisfaciendo con regularidad? Porque en esto de obras de beneficencia, es más útil y conveniente un suscriptor de tres pesetas al mes, que no devuelve nunca el recibo y con el cual se puede contar de seguro, que un donante espléndido que envía de una vez una cantidad y no vuelve á acordarse de la obra. Yo propondría, pues, que los años y servicios en materia de beneficencia fuesen título preferente para estos repartos de billetes de convite.

Otro modo de evitar los abusos realmente descarados que se cometen, sería el que los centros oficiales diesen publicidad á los nombres de las personas invitadas. Segura estoy de que entonces se marcharía con más cuidado y se escogería mejor el personal. Veríamos menos caras sospechosas y menos gente inexplicable.

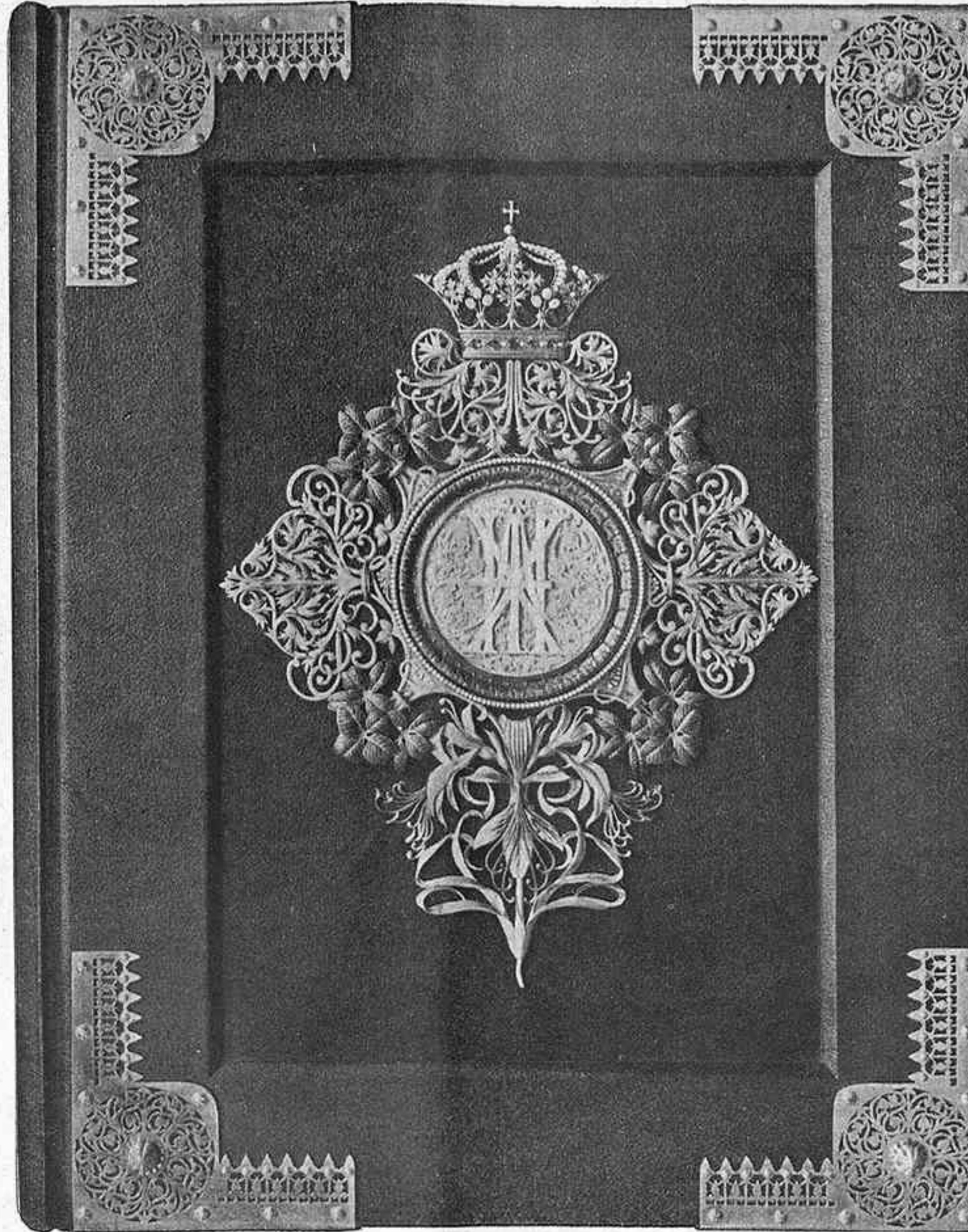
No desapruero que á los Ministerios, verbigracia, se les repartiesen billetes, pero no para que las familias de los escribientes los usufructúen, sino para que cada Ministerio, por lista publicada, los envíe á las personas á quienes ese Ministerio debe recordar y distinguir. Y éstas no son tantas como parece. Ojalá pudiese yo creer que residen en Madrid á estas horas cien marinos ilustres, cien militares no menos señalados, cien catedráticos eminentes, cien escritores famosos, cien músicos eximios, cien políticos insignes, etc. Con mil ó dos mil billetes distribuidos pensándolo y publicando nombres, se cumple con la flor, la nata y hasta el suero de la mentalidad, la inteligencia y la acción española. Si no se trata de una corrida de toros, sino de una función de gala en el Real, entonces restrinjo el número, porque la cuestión de *toilette* hace que muchas personas, respetabilísimas y dignas, no tengan ni la ocurrencia de asistir.

Por las calles empieza á ostentarse ya la percalina. ¡Qué sería, á faltarles este tejido, de los organizadores de festejos! La percalina es como el ungüento amarillo; para todo sirve. Percalina y ramaje son, por lo visto, el brote visible de la satisfacción y alegría ante los faustos acontecimientos. No existiría un ser más original que el que dispusiese unas fiestas sin mezcla alguna de percalina, sin gastar ni una vara de la socorrida tela. Me gusta en todo la novedad, y también en el capítulo de regocijos populares *odio Usata poeſta*, como dijo Carducci...

Al cerrar la crónica leo la noticia de que Ibsen, el gran dramaturgo noruego, acaba de morir. Es una luz que se apaga; no hay muchas que con tanto brillo hayan resplandecido sobre Europa. Tuvo Ibsen la fortuna de nacer en uno de esos países septentrionales, donde las tentativas nuevas en el arte y en la mentalidad no encuentran burla y desvío, sino interés y estimación. Así y todo, la amarga autobiografía interna de los innovadores, de los que ponen el pecho contra la corriente del sentido vulgar, la dejó consignada en las páginas de *Un enemigo del pueblo*.

¿Qué hubiese escrito si nace aquí? ¡Ah! Tal vez nada; tal vez dos ó tres ensayos, que el público acogiera con hostilidad feroz; tal vez—y esto es lo más frecuente—veinte ó treinta obras de ficción y engaño, de taquilla, como dicen, de concesiones bastardas, de adaptación miserable al gusto general, obra de escritor domado y humillado por la muchedumbre. Pero la briosa protesta individualista que engrandece el teatro de Ibsen no hubiese podido brotar. Y por consiguiente, Ibsen no sería lo que fué, sino algo anodino, falso, convencional, para escuchado de puertas adentro... Por algo no todos los países producen dramaturgos universales.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Tapa del álbum de trabajos artísticos de pintores catalanes que los elementos monárquicos de Barcelona han regalado á S. M. el rey D. Alfonso XIII, con motivo de su boda, ejecutada en los talleres de D. Hermenegildo Miralles, según dibujo de Alejandro de Riquer y con aplicaciones de materias preciosas, hechas en los talleres de los Hijos de Francisco de A. Carreras.

to de hombros, y con la firmeza de la negativa. Pero los caracteres firmes son lo que más escasea, y dada su rareza, se les debiera honrar doblemente que al genio y á la hermosura; y por carencia de esa energía para hacer la distribución de billetes de un modo acertado, se ha apelado al subterfugio y al embrollo, pues no de otra manera debe calificarse el flujo y reflujo de noticias periodísticas contradictorias, encaminadas á despistar á los pedigueños y confundir y marear al público. Que reparte la Diputación; que ya no es la Diputación, sino Gobernación; que ya no es Gobernación, sino una serie de Comisiones del seno de esto y del seno de lo otro, las cuales se subdividirán para atender á aquello y á lo de más allá; que la corrida la pagan unos; que no, que ya la pagan otros; que un Ministerio solo ha pedido *catorce mil* billetes... Y la gente pacífica se pregunta asombrada: ¿por qué un Ministerio pide ni catorce mil ni ciento cuarenta billetes para una corrida de toros que la Diputación provincial, es decir, la provincia de Madrid, ofrece al rey con ocasión de su boda? ¿Es que el Ministerio, organismo oficial, representa algo más que eso mismo, un organismo oficial cuyos funcionarios están retribuidos? ¿Es que la provincia de Madrid, y en general la nación, han contraído alguna deuda de gratitud particular con ningún Ministerio?

Y echándome á discurrir sobre el asunto, he aquí cómo se me ocurriría el modo de arreglarlo sin grandes complicaciones y con notoria ventaja de la cultura, del bien y de la higiene pública en la corte de las Españas.

Nadie ignora que esta corte se halla infestada de mendigos. El Ayuntamiento, la Diputación, el Estado, se declaran impotentes para desterrar esta plaga vergonzosa, que en ninguna otra ciudad algo impor-



¡Con qué solicitud cuidó á aquel derrotado!

EL TENOR

Aquella noche el teatro estaba lo que se dice espléndido. La ópera anunciada era *Lucía di Lammermoor*; el tenor *debutante* era un compatriota, Augusto Lengo, que volvía á España habiendo conquistado un gran renombre.

De su vida pasada mucho decían las crónicas. Lo que no decían voy yo á contároslo. Sabed de antemano que mixtifico un nombre, y que la historia es verídica.

El origen de Lengo era humildísimo. Dedicado á las faenas agrícolas desde muy pequeño, sentía en su fuero interno el ansia de *volar*, ese no sé qué de las almas inquietas en la frágil arcilla. La del niño repugnaba lo rústico; desde luego creció adorando instintivamente lo bello. Tenía bonita voz y cantaba como un condenado. Buenas tandas de mojicones costábanle á menudo sus filarmónicos excesos. No tenía padres, y su buen tío, que amparó su orfandad, mostrábele yunta y arado como aparejos de indisputable provecho, y señalábele las mieses como producto santo de nobles fatigas, apercibiéndole al primordial y positivo objeto de una existencia dedicada al trabajo, á la labor, como único sostén y guía.

Asentir, bien asentía el muchacho; pero dejar de *trinar* por todo lo alto desde la salida á la puesta de sol, acompañando al quehacer airosas cantilenas, eso sí que no. Armonías sin fin percibía en el viento que meciera las espigas; confusos arpegios de eólicas arpas en la refrigerante lluvia; notas de infinito amor en las auras; cadencias sin par en los elementos todos. Semejaba un bobalicón tan presto en árbol no distante dejaba oír su voz ruiñeñor canoro; parábase á escuchar á parlanchín jilguero que triscaba juguetón por contigua enramada...

Y eran de oír entonces las reprimendas, y de ver las *boleas* del buen tío, que esquivaba el rapaz sonriéndose, aunque contrariado por *tiranía* tan empalagosa que ni consentía un rato de solaz y ganduleo para tan magnífica audición...

Hay hormigas y hay pájaros. Hay quien trabaja y hay quien siente. Lengo *sentía* más que trabajaba.

El maestro de capilla, que notara la irresistible vocación del chico, con él á solas convino, tras algunos sondeos y cortas pláticas pertinentes al caso, en darle preliminares lecciones. A veces, con el alba acababa el estudio y empezaba el trasiego. En esa especie de baluceo artístico agotaba tiempo y salud, es lo cierto; pero la afición todo lo puede, y las *fusas* y *semifusas*, etc., sobrepusieron á las siembras y cultivos por modo tal, que si con solfas germinara la semilla,

lo que es el campo donde acudiera Lengo fuera una fortuna.

Harto ya el laborioso tío de la aparente ineptitud del mozo, y descubriendo ó maliciando la complicidad del musiquillo de marras, se encaró con éste... para acceder al fin á que el sobrino se dejase de surcos y embistiese el pentagrama.

Accedió con un simulado desdén que envolvía un envanecimiento; porque, en medio de todo, el músico aseguraba que en la garganta de Lengo había un tesoro; y ese tesoro no lo había de heredar el tío, pero verlo con disgusto, tampoco... Ea, que se acordó el viaje del joven á la corte, y soltó aquél unas cuantas monedas al efecto.

El *paraíso* del Real debe de guardar memoria del imberbe que no perdía ripio, como quien dice; y aquel escenario, que le tentó años seguidos y que logró pisar al cabo, fué para él un templo donde aprendió á adorar y á creer en aficiones.

Cuando hubo decidido y realizado el viaje á Italia, faltóle el principal apoyo. La muerte de su tío fué una decepción.

¿Contaros la triste odisea del novel cantante?.. No es posible. Nada hay tan vulgar como la desdicha, nada con menos interés que la miseria... Allá cayendo, y acá levantándose; unas veces silbado, otras acogido con benevolencia. Decidle á un público que se penetre de la *situación* de un artista; decidle á la crítica que indague la historia del que ha de juzgar... ¿Tienen, en rigor, para qué ni por qué preocuparse de eso?.. No faltaban condiciones ni acierto muchas veces; faltaba... lo desconocido, la suerte, la casualidad, el acaso. El arte, como todo, tiene algo de caprichoso y extraño. ¿Vencer? No vencen á veces los mejores.

Sin recursos, enfermo y desalentado llegó á Milán Augusto Lengo. Con todo y sus méritos, el hambre, ese calvario de los escogidos, llegó á torturarle. Unos compatriotas se compadecieron de él, y halló albergue en humilde casa. Sí, la casa era humilde; pero tenía algo de templo. Como que en ella habitaba un ángel, un verdadero ángel en forma de *enfermera* más linda que la propia luz de los cielos... ¡Con qué solicitud cuidó á aquel derrotado!.. ¡Con qué ternura acabó éste por quererla!..

Triunfó de la enfermedad, y triunfó luego en las tablas. Diríase que la terneza había operado un milagro, y la gratitud hecho otro. Un dúo silencioso de almas parecía atraer la felicidad. Lengo era otro hombre, y aun *otro artista*. Su voz había adquirido un timbre purísimo, su expresión una nitidez incompatible. Yo le vi en el *Teatro Comunale*, de Boloña,

donde habían sido protestados dos tenores. Cantó como por recurso, y tal fué la impresión producida, que bien pronto se le escribió ventajosamente para otros puntos...

Por fin tenía de la mano á la veleta diosa, y en medio de sus glorias, en su ya brillantísimo apogeo, su mente y su corazón iban con el recuerdo de la cariñosa niña, su ángel bueno sin duda, por quien lograba los artísticos arranques, la nota divina de sentimiento impregnando todo cuanto interpretaba el artista. No lo ocultaba el tenor á sus íntimos: ella era su norte, su numen, su dicha toda y el secreto de su arte sublime. La vanidad que proporciona el éxito, si le halagaba, era por *ella*; los aplausos, sin envanecerle, arrancábanle una expresiva sonrisa, elevaba al cielo los ojos como dedicándoselos *in mente* á una imagen bendita. Todo contribuía á hacerle altamente simpático...

Y vino Lengo á España triunfante y animoso, tras prolongada ausencia. Volvía radiante, erguido, el humilde labrador de antaño; volvía con el alma llena de recuerdos y la mente de encantadoras fantasías, con aptitudes selectas y aspiraciones nobilísimas; con *aquel tesoro* en su garganta, y otro tesoro en su pecho; deseoso de consagrar un recuerdo á sus mayores y de afirmar en su país querido su indiscutible fama. Empero, cuantos amigos y conocidos rodeábanle por aquellos días, hubieron de notar en él cierta melancolía y cierto malestar insólitos. Al interrogarle, obtenían sólo evasivas. No hicieron más caso...

¡Oh! Su fin fué una cosa extraña, algo de que se habló días seguidos con estupor y asombro. La ciencia certificó la muerte natural. Lo era, lo fué. ¡El *drama* era tan íntimo, de tan escasa amplitud!..

Aquella noche Lengo era el héroe, el vencedor gallardo. Agasajado desde un principio, parecía altamente impresionado, conmovido; salía á escena, aclamado por el público, llorando casi. En su cuarto, andaba preocupado, inquieto y tembloroso. Luego se dejaba caer más bien que se sentaba en una silla, abstraído y perplejo. ¿Quién podía explicarse aquella actitud del tenor? O era extremada emoción ó comiquería pura...

Durante el último intermedio recibió un telegrama. Leyólo, y palideció horriblemente. Empezó el acto, y llamaron á escena. El artista guardó nerviosamente el papel en el pecho, y se dispuso á salir. Los gladiadores del arte son también esclavos del deber. ¡Cuántos suspiros no ahogó el escenario!.. ¡Cuánta amargor á veces entre frases festivas!..

La animación en la sala era grande, la admiración inmensa. Lengo atacó unas notas y provocó un delirio. ¡Qué manera de cantar!.. ¡Qué intensidad dramática la que imprimía en su parte aquel portento de la lírica! No se recordaba cosa igual, no se había oído otro *Edgardo* como aquel. Ni una nota, ni un detalle se perdía entre el religioso silencio de una muchedumbre absorta. Aquello ya no era arte, sino sublimidad. La voz, el gesto, la expresión; un colmo. El público en masa contenía hasta la respiración, atentísimo, subyugado enteramente...

La última nota, en el aria final, fué un gemido doloroso, fúnebre casi, apagado, como un adiós senti-

dísimo, con el esfuerzo de un alma súbitamente herida; mezcla de inmaterial deliquio y ansia de volar á ideales confines, seductor arrobamiento y exclamación de angustia. Luego quedó inmóvil; el telón bajaba y subía acompasada y rítmicamente; el público, puesto en pie, electrizado, aplaudía, aplaudía...

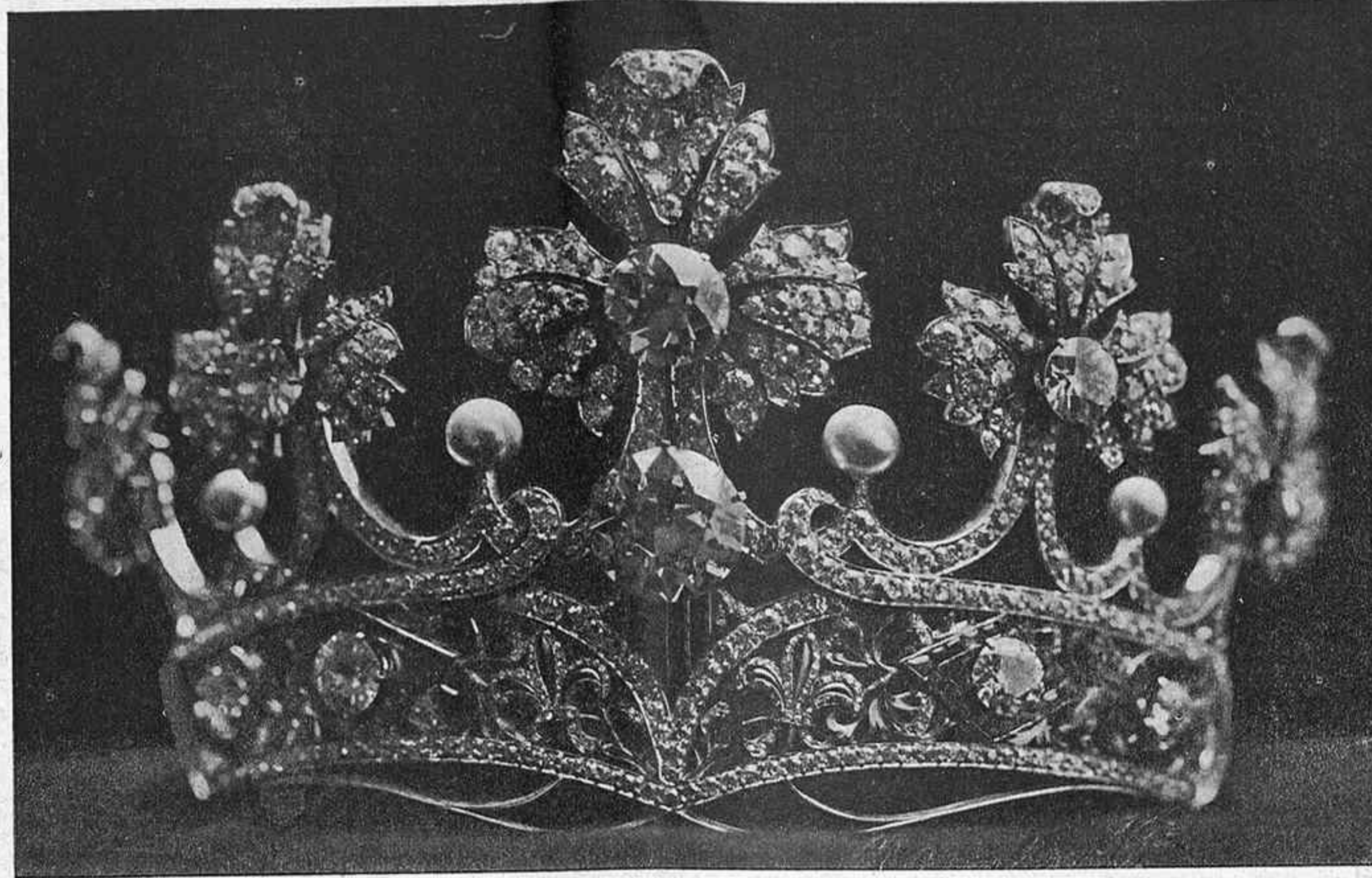
La cortina no volvió á levantarse; el tenor fué llevado al *camerino* y auxiliado inmediatamente... Se ahogaba por momentos. Al desabrocharse, cayó al suelo el despacho recibido antes. Era la noticia infausta, la muerte de su ilusión, la angelical criatura á quien debía su gloria...

Augusto Lengo expiró á los pocos minutos.

Todavía resonaban en la sala los aplausos.

SEBASTIÁN GOMILA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Corona que los elementos monárquicos de Barcelona han ofrecido á S. A. la princesa Victoria, construída por la casa Masriera, según dibujo de Luis Masriera.

LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

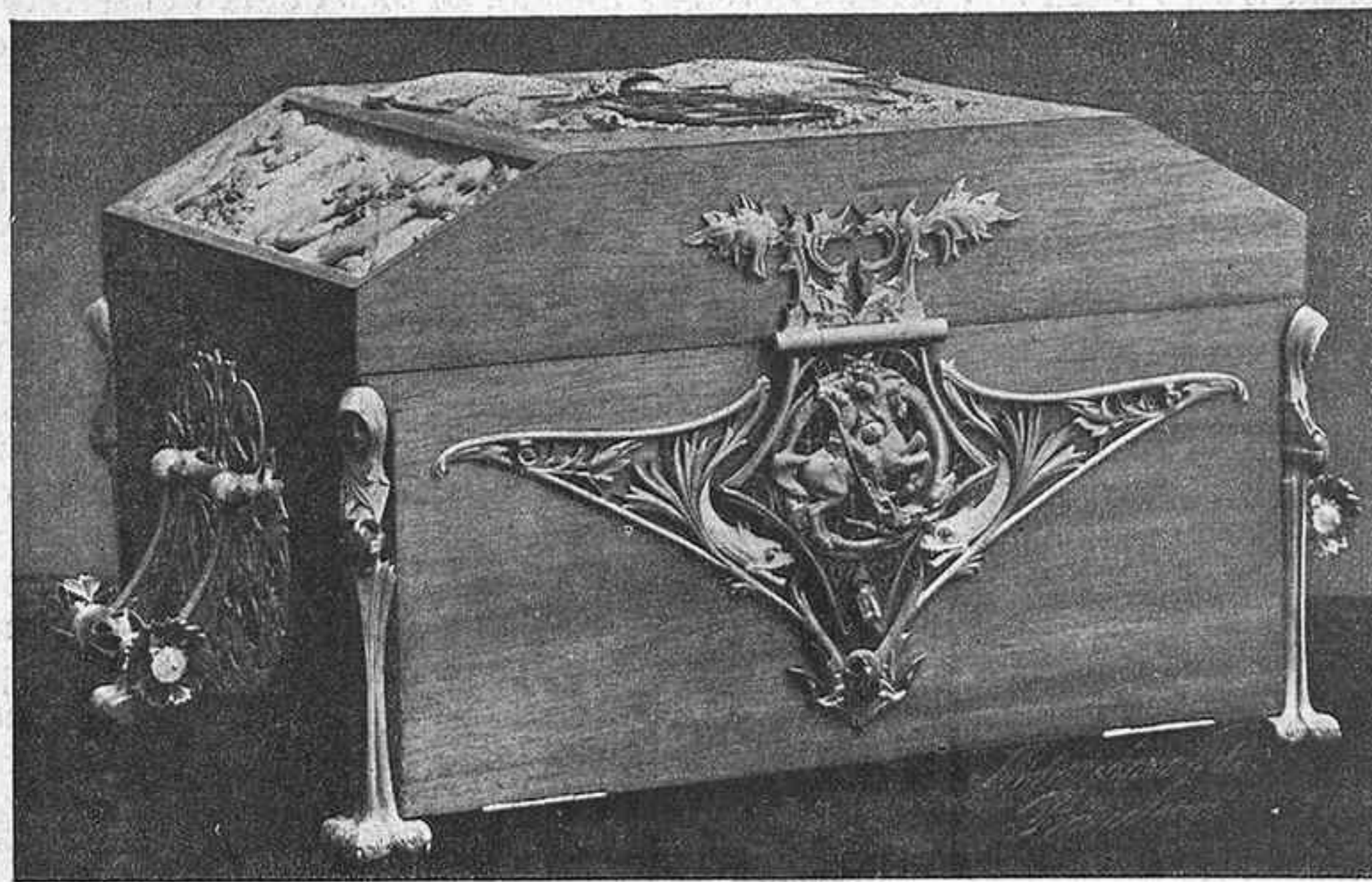
Cuando este número llegue á manos de nuestros subscriptores, se habrá efectuado el enlace de don Alfonso XIII con la que hasta ahora ha sido princesa de Battenberg y en adelante será reina Victoria de España.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al asociarse á tan fausto suceso nacional, hace votos por que la Provi-

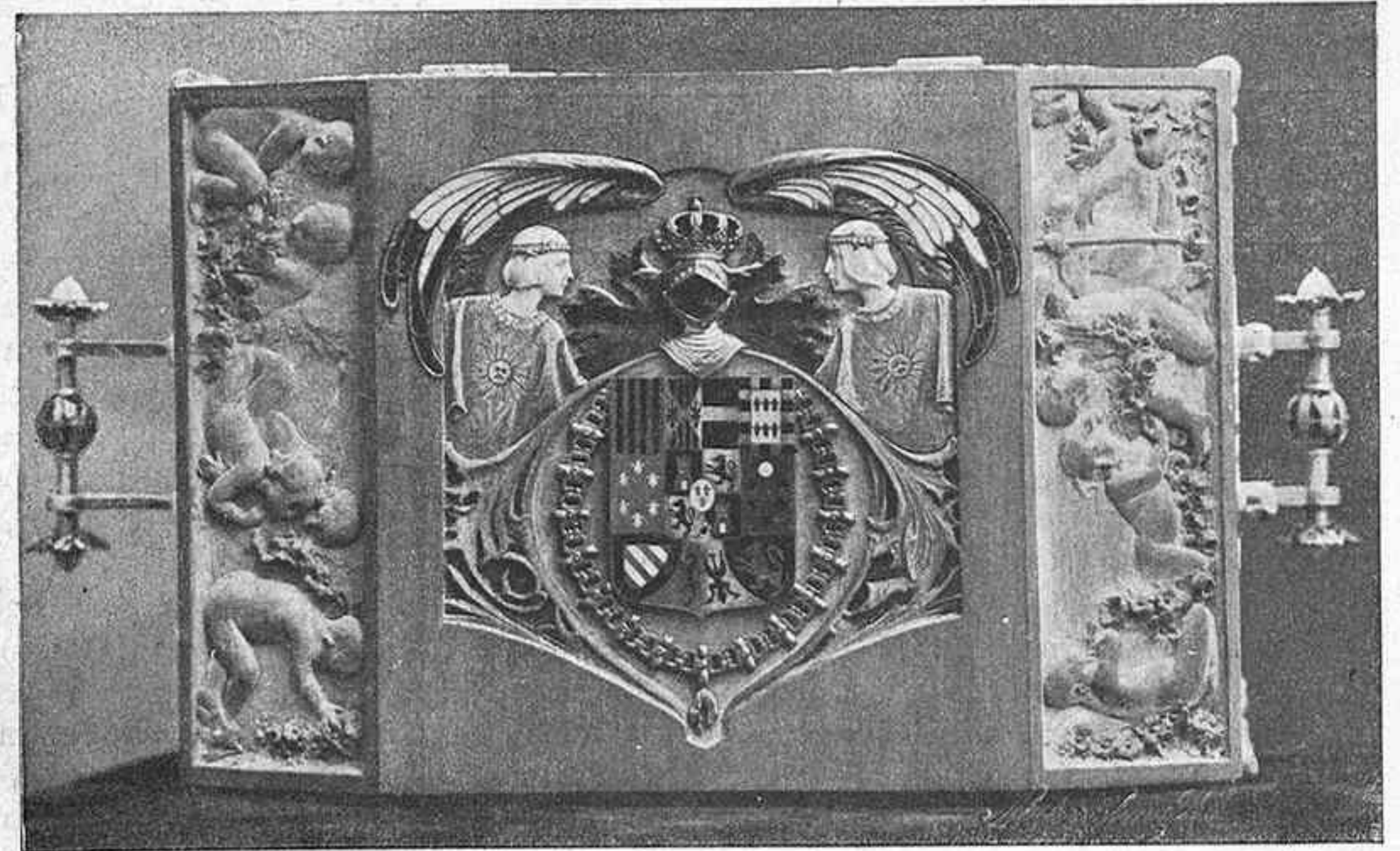
Plantío S. M. la reina D.^a María Cristina, SS. AA. las infantas D.^a Isabel, D.^a Eulalia y D.^a María Teresa, el infante D. Fernando, los ministros, autoridades y otras personalidades distinguidas y muchas señoras.

A las seis y media se detuvo en el Plantío el tren en que iban el rey y la princesa Victoria; cuya aparición fué saludada con estruendosas salvas de aplausos. Después de revistar las tropas que habían hecho los honores y una vez hechas por D. Alfonso las pre-

La princesa Victoria ha residido en el Pardo hasta el día de su boda. Este palacio, que mandó construir Carlos V en 1543 y que fué reformado en 1772 por Carlos III, ha sido renovado, por decirlo así, interiormente para albergar por unos días á la princesa. En las páginas 368 y 369 reproducimos algunas de las principales habitaciones del palacio. El comedor está pintado al fresco, y el decorado es de estilo Imperio; en él se ha dispuesto una mesa para 30 cubiertos y se han colocado dos magníficas arañas de cristal antiguas. La sala de Embajadores es una gran pieza cuadrada, de alto techo pintado por Bayeu, con adornos de molduras doradas que encierran camafeos de fondo de oro con relieves de figuras en blanco; frente á la puerta de entrada, se admira el famoso tapiz de Goya que representa á unos nobles jugando á los bolos; de Goya son también los demás tapices que adornan la sala, de cuyo



Arquilla en donde va encerrada la corona, obra ejecutada por la casa Masriera, bajo la dirección de D. Luis Masriera



Tapa de la arquilla en donde va encerrada la corona. En el centro se ve el escudo real de España

dencia derrame toda suerte de felicidades sobre los regios esposos y por que se conviertan en las más gloriosas realidades las grandes esperanzas que la nación española tiene puestas en su joven soberano y en la bella y virtuosa princesa por él elegida para compartir el trono.

Si alguna duda cupiera acerca del entusiasmo con que el pueblo ha acogido la boda del rey, en la que para nada ha influido la razón de Estado y sí únicamente el amor intenso de dos corazones, la comunión sincera de dos almas, habría quedado desvanecida por el recibimiento de que ha sido objeto la princesa durante su último viaje y á su llegada al palacio del Pardo. Desde su llegada á Irún, en donde la esperaba su regio prometido, en todas las estaciones del tránsito las poblaciones en masa acudieron á saludarla, tributándole las más cariñosas ovaciones. En los andenes, todas las clases sociales confundidas se agrupaban ávidas de contemplar á la hermosa princesa, la obsequiaban con profusión de ramos de flores y atronaban el aire con aclamaciones ruidosas.

El apeadero del Plantío, en donde debían apearse los egregios viajeros para dirigirse al palacio del Pardo, ofrecía, desde horas antes de la llegada del tren, un aspecto altamente pintoresco, pues á él habían ido millares de personas, aprovechando los más diversos medios de locomoción, que formando una masa im-

sentaciones del gobierno y demás entidades presentes á la futura reina, subieron ésta, su madre y la reina D.^a María Cristina á un landó, yendo á caballo al estribo de la derecha el monarca y al de la izquierda el caballero de servicio, y precedidos y seguidos de otros coches se dirigieron al palacio del Pardo.

La animación de ese Real Sitio fué extraordinaria durante todo el día. A las siete y cuarto, precedida de un grupo de batidores y de una sección de la escolta real llegó la comitiva entre las salvas de la artillería, el volteo de las campanas y las aclamaciones incesantes de la muchedumbre. Iban en el primer coche las infantas D.^a Isabel y D.^a María Teresa, uno de los príncipes de Battenberg y el hijo menor de la infanta D.^a Eulalia; en el segundo, la infanta D.^a Eulalia, otro príncipe de Battenberg y el infante D. Alfonso de Orleans; en el tercero, la princesa Victoria, su madre y la reina D.^a María Cristina, llevando, como hemos dicho, á la derecha á S. M. el rey y á un caballero; seguían el príncipe D. Carlos y el infante D. Fernando, los ayudantes de éstos y un escuadrón de la escolta real, y detrás iban otros coches con las altas servidumbres.

Presentó el rey á la princesa la alta servidumbre y á los oficiales de alabarderos y de la escolta real, y luego salieron los regios prometidos al balcón, siendo objeto de una ovación delirante por parte del público.

tístico; los muebles de la antecámara son dorados y tallados con figuras de esfinges; en esa habitación hay un tapiz de siete metros de ancho, copia del célebre cuadro *Los bebedores*, de Teniers. Otra de las dependencias del palacio que han sido restauradas es el teatro, que se ha dispuesto tal como estaba en tiempo de Carlos III y en el cual se dió el día 29 una función de gala en honor de la princesa.

También han sido objeto de grandes reformas las habitaciones que la nueva reina ha de ocupar en el palacio real de la plaza de Oriente. Dichas habitaciones son las destinadas hasta ahora á la reina D.^a María Cristina y se hallan contiguas á las de S. M. el rey.

Enumerar siquiera los regalos que ha recibido la princesa Victoria, es tarea poco menos que imposible. Mejor que citarlos y describirlos nos parece reproducir las joyas más importantes, que publicamos en esta página y en la 367. La de esta página es la corona de brillantes, diamantes, rubíes y esmeraldas costada por los elementos monárquicos de Barcelona, que va encerrada en una preciosa arquilla de majagua con relieves escultóricos de exquisita factura y aplicaciones de plata oxidada. Las de la pág. 367 son las regaladas por el rey á su augusta prometida y las que ésta ha recibido de la familia real española, de la familia real inglesa y de la ex emperatriz Eugenia.—X.

1890



1886



1891



1892



1898

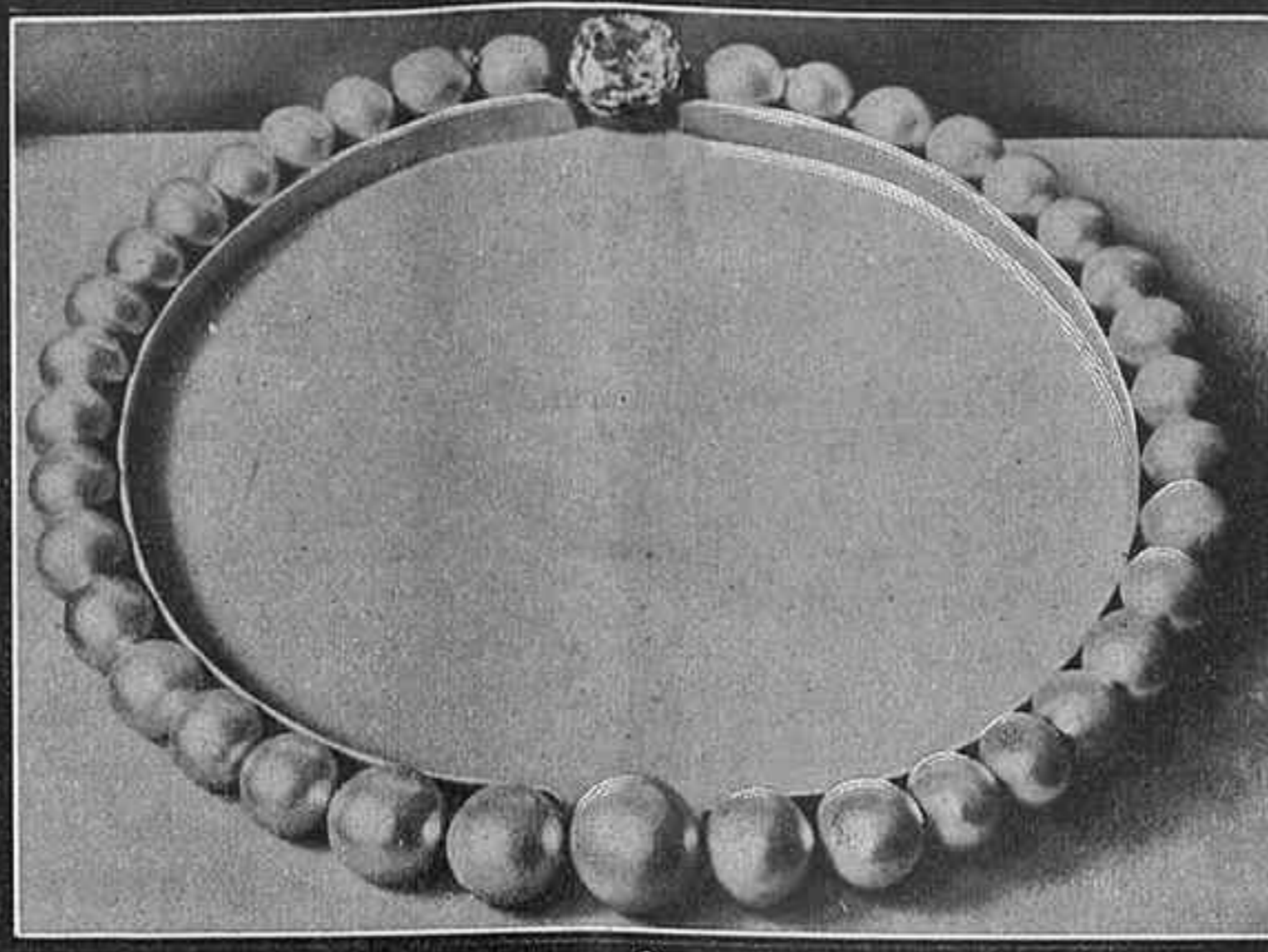


1902

RETRATOS DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN DIFERENTES EDADES. (De fotografías.)
Vista del Salón del Trono del Palacio Real de Madrid. (De fotografía de *Nuevo Mundo*.)



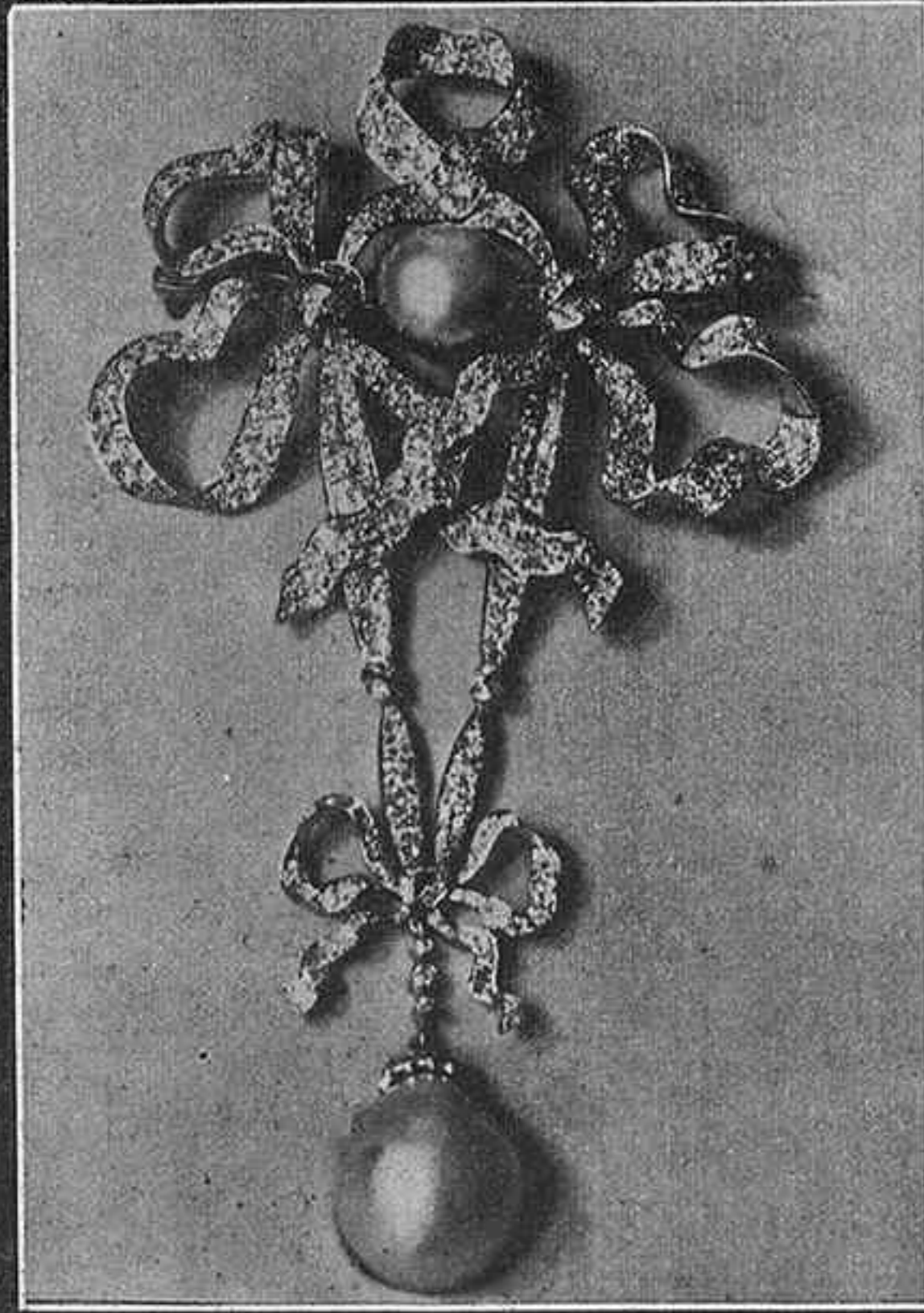
1



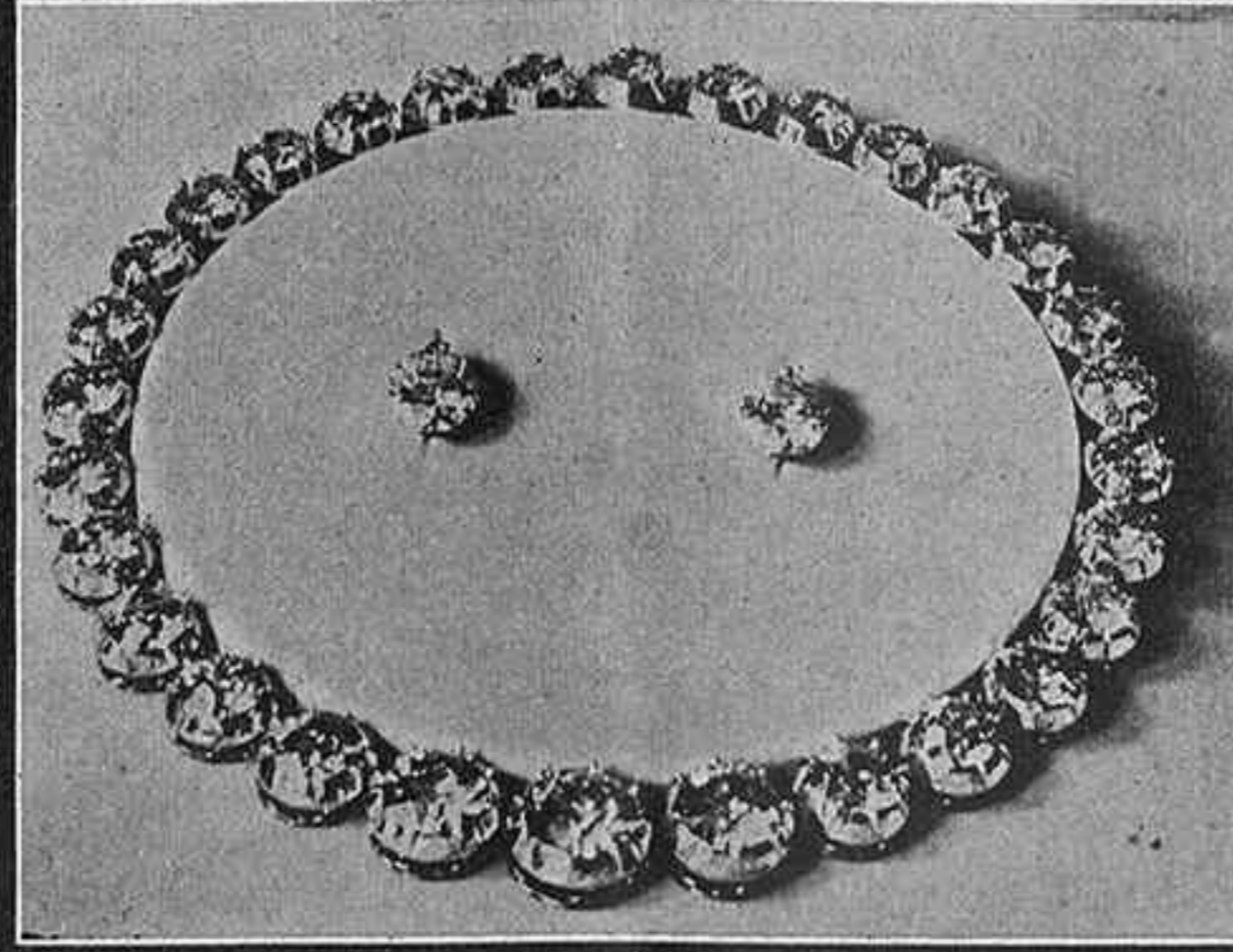
2



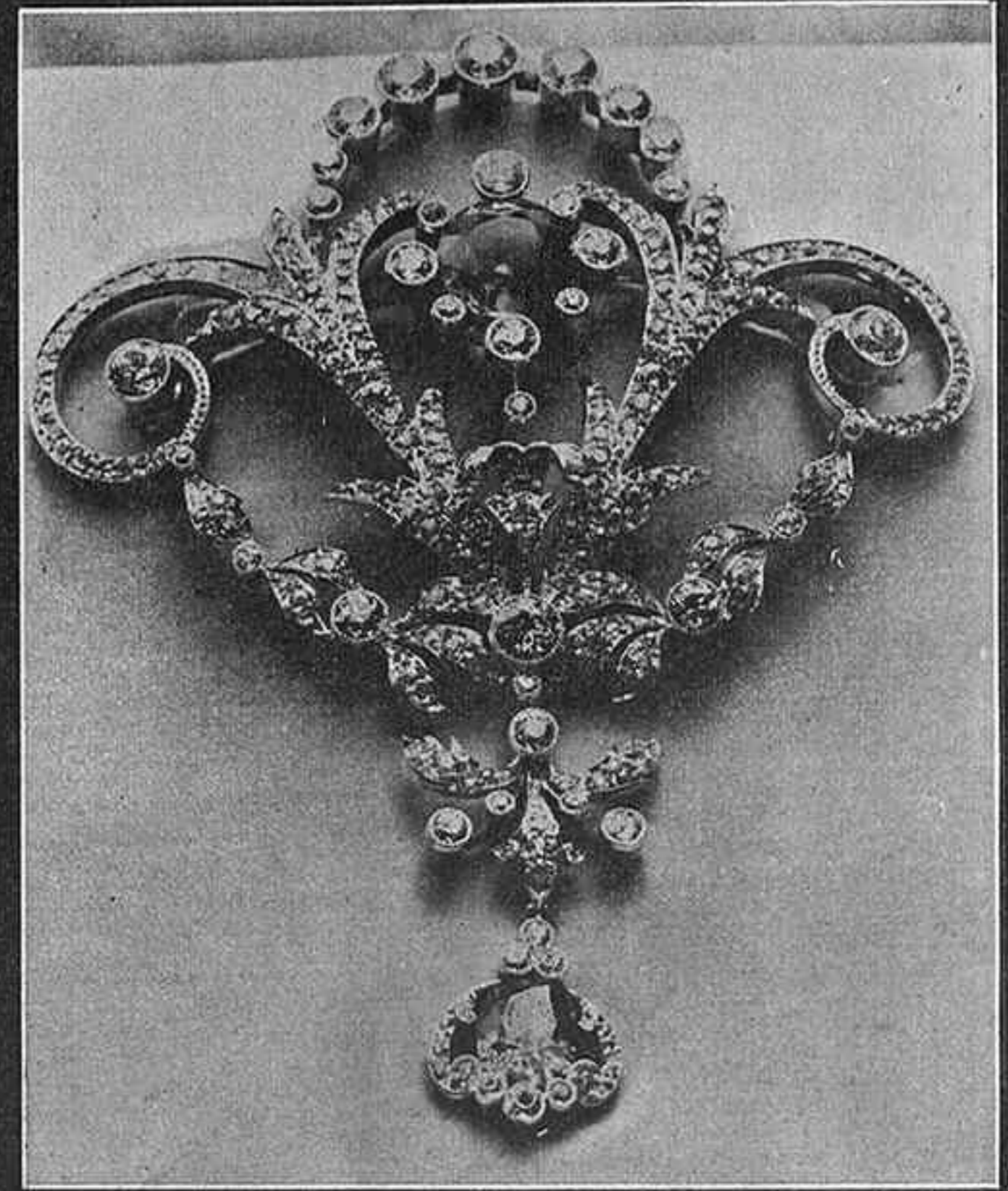
3



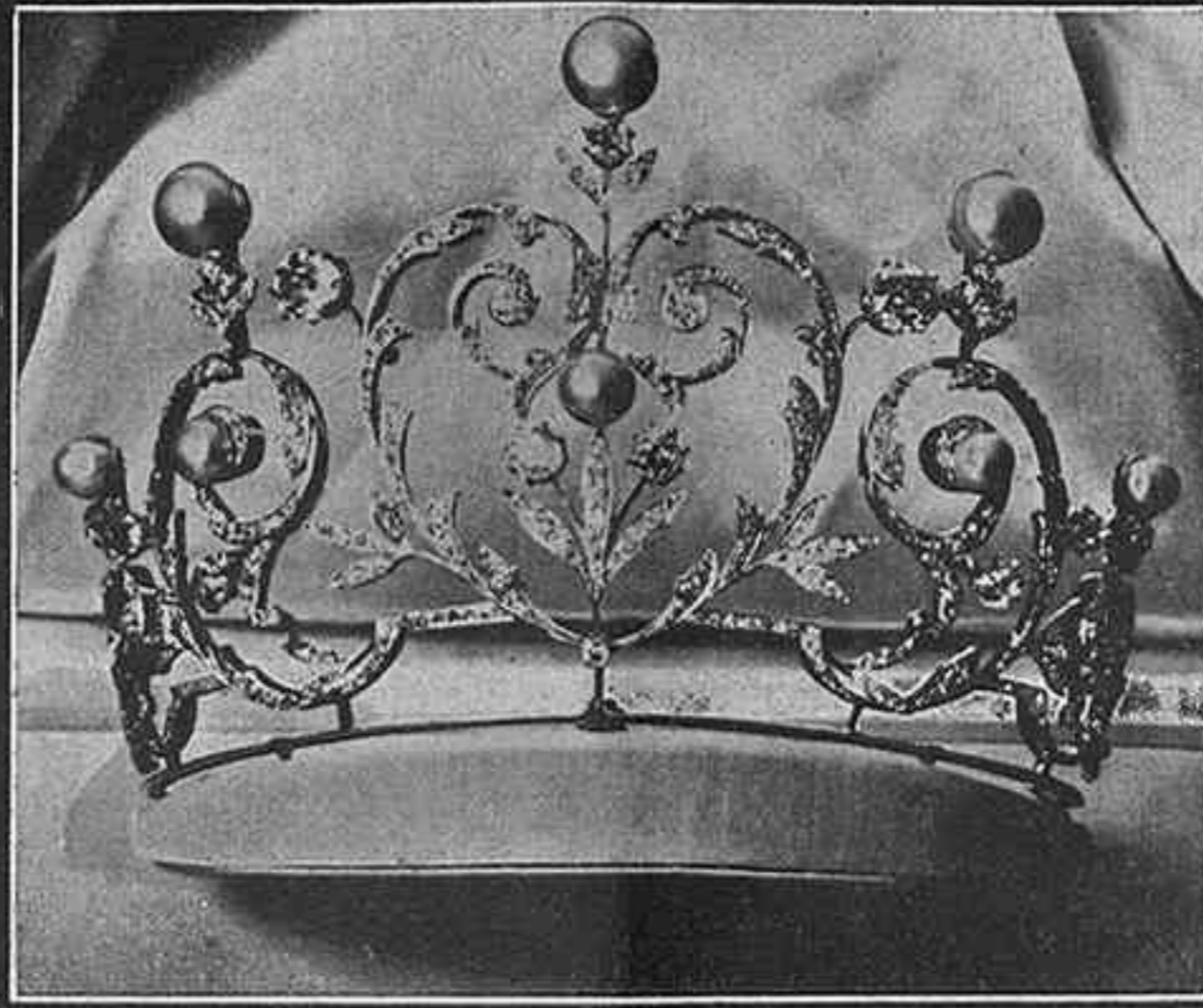
4



5



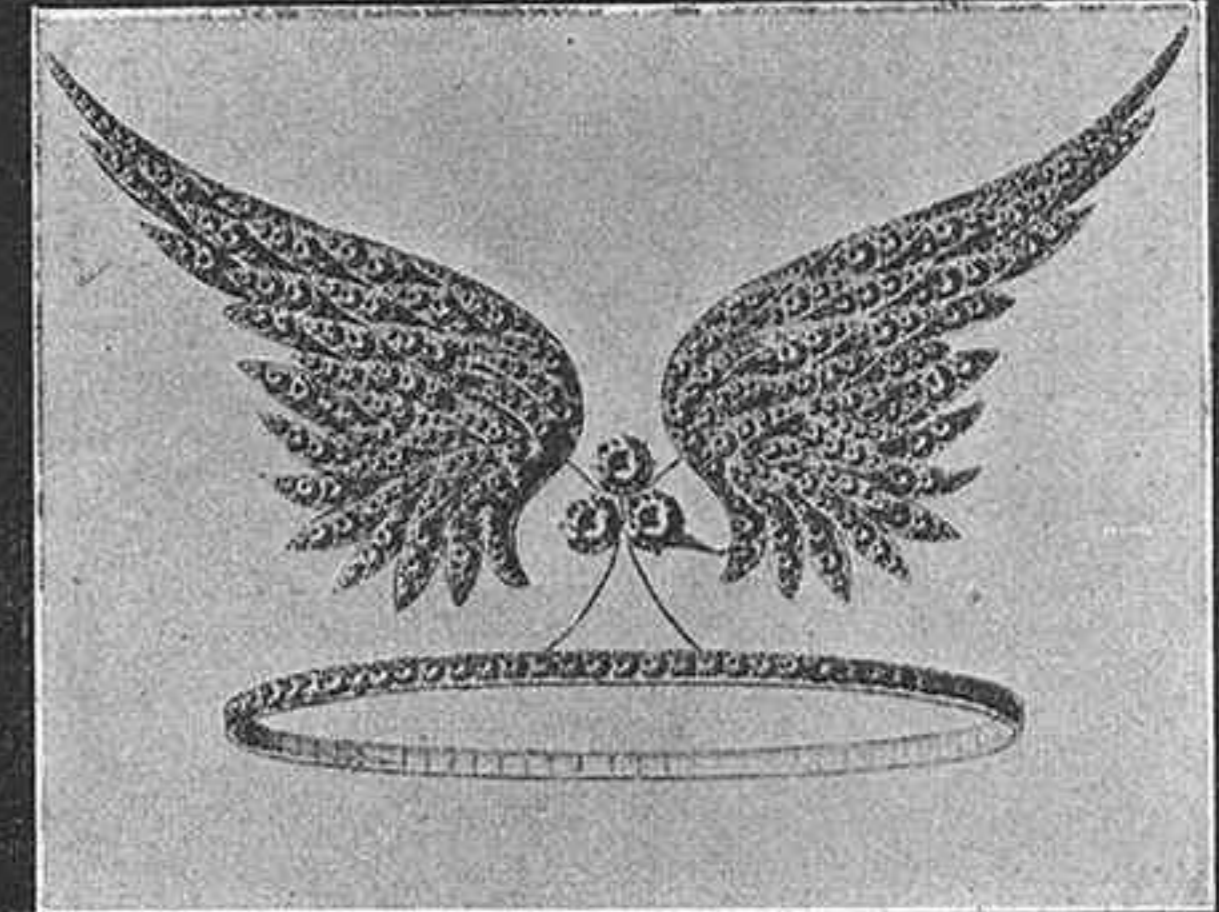
6



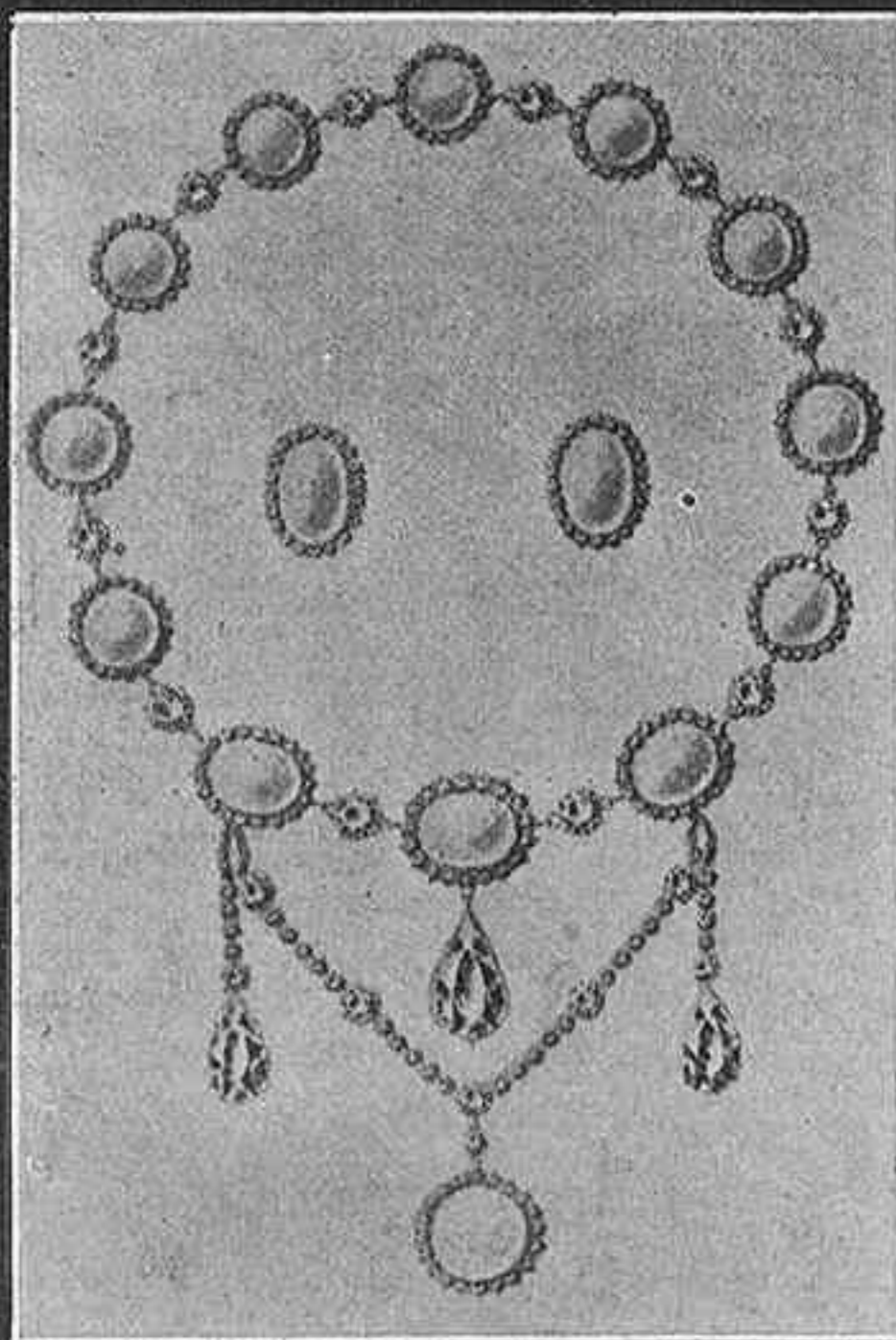
8



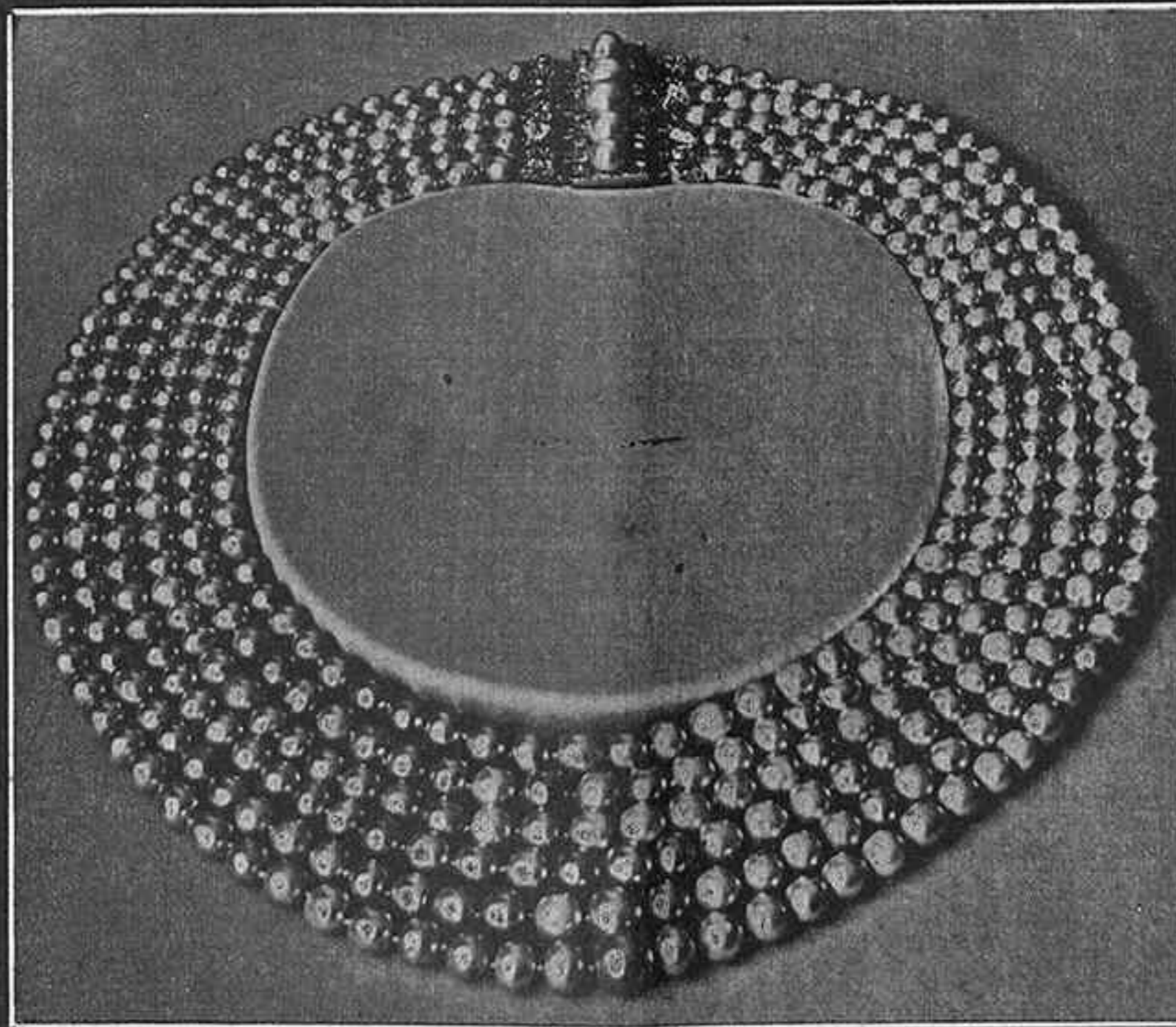
7



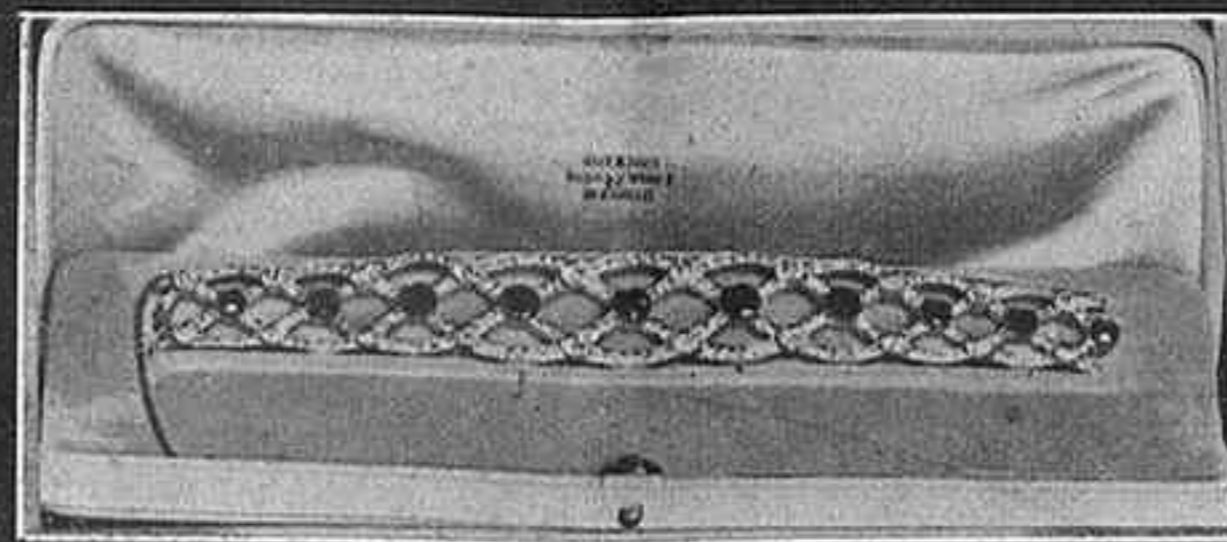
9



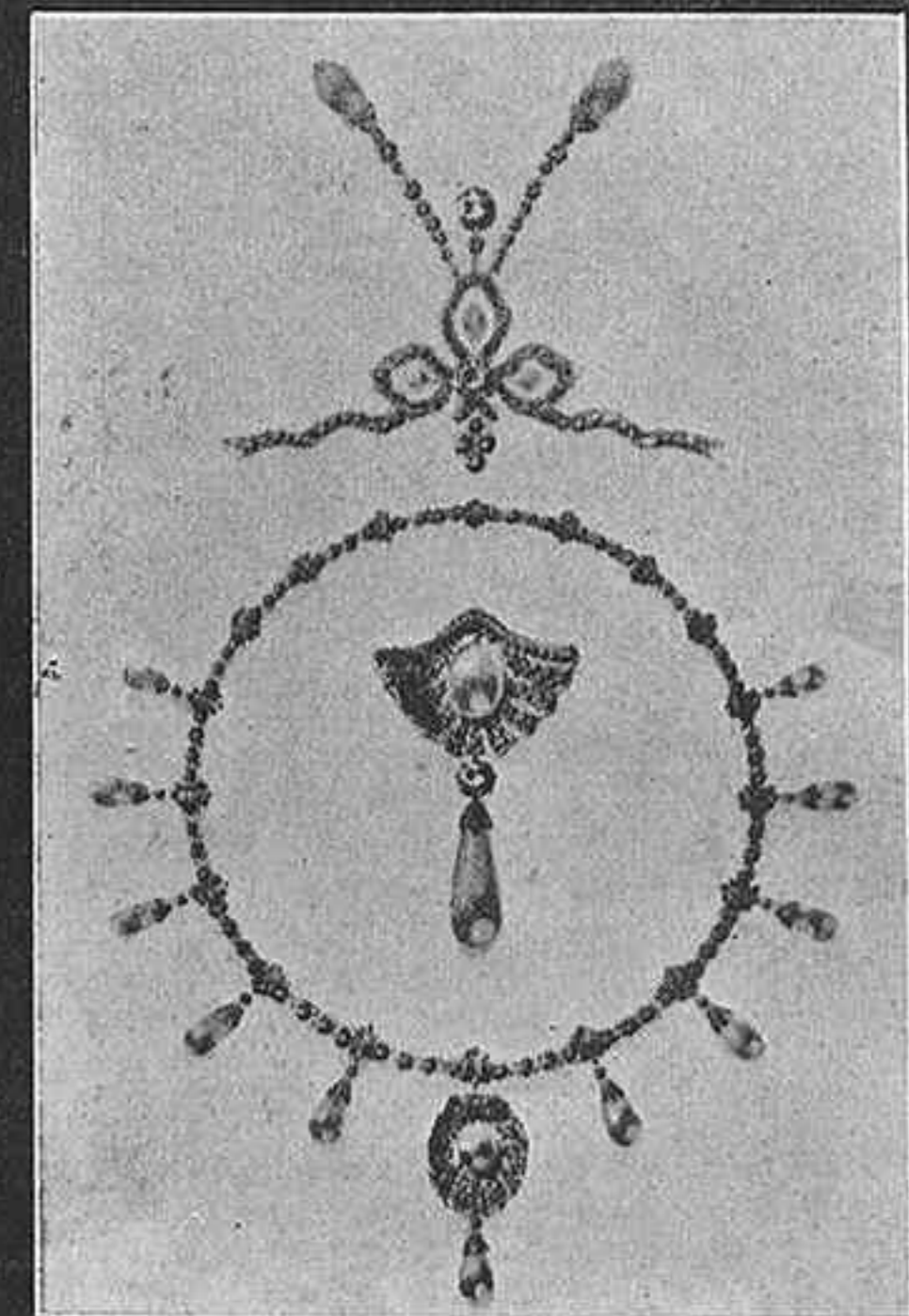
10



11



13

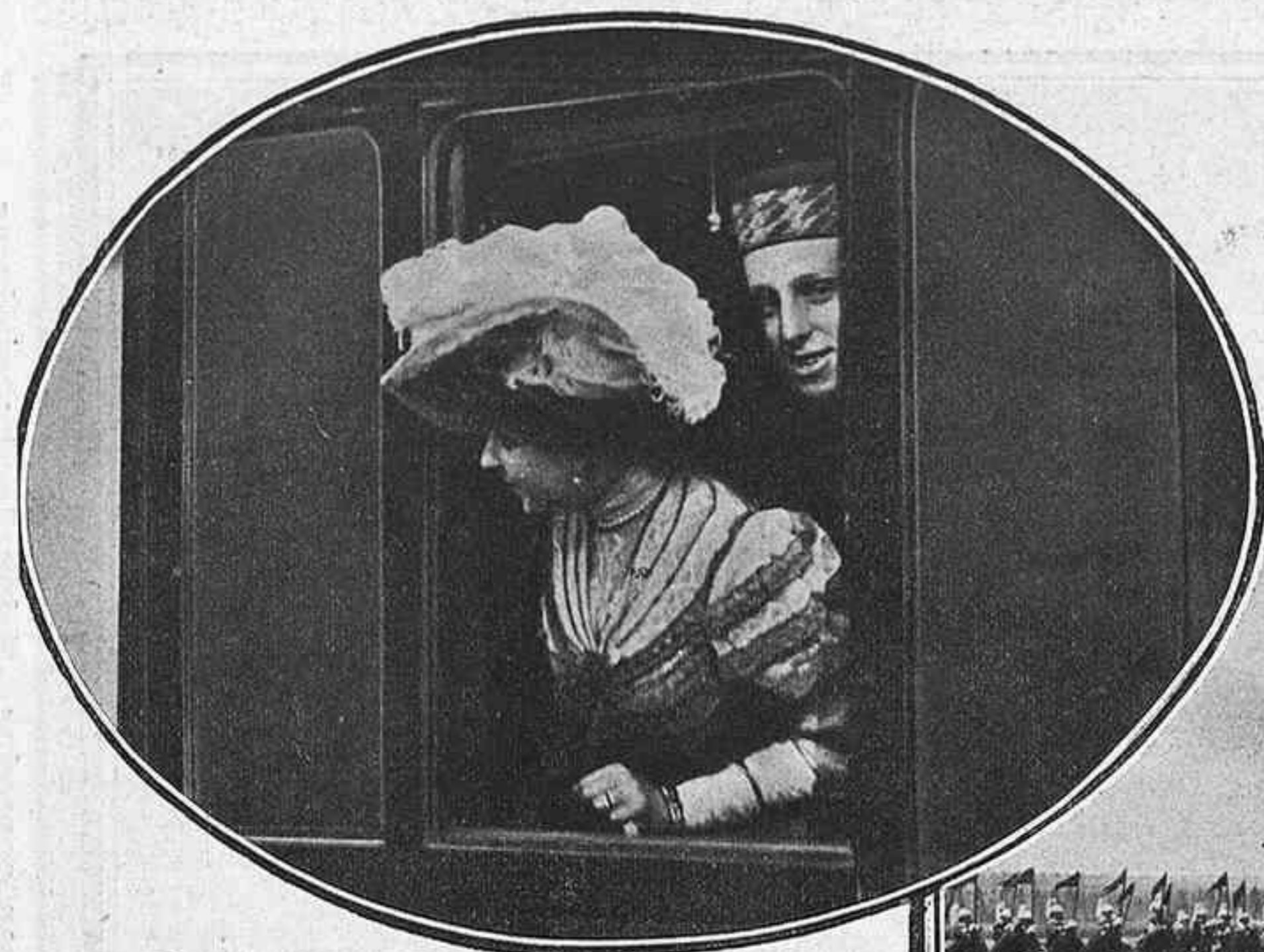


12

1. Corona, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. - 2 y 4. Collar de perlas y broche de perlas y brillantes, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. El valor de esas dos joyas es de 2.000.000 de francos. - 3. Corona regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. - 5. Collar y botones de brillantes, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. - 6. Broche de brillantes, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. - 8 y 11. Corona y collar de perlas, regalo de S. M. la reina D.^a María Cristina. - 7 y 13. Broches y brazalete, regalo de la familia real. - 9. Diadema de brillantes, regalo de la ex emperatriz Eugenia. - 10. Collar y botones, regalo de los reyes de Inglaterra. - 12. Diadema, regalo de la princesa Beatriz, madre de la princesa Victoria.

JOYAS REGALADAS Á LA PRINCESA VICTORIA DE BATTENBERG CON OCASIÓN DE SU BODA.

(De fotografías de Franzen y *Nuevo Mundo*.)



La princesa VICTORIA y el rey D. ALFONSO XIII asomados á la ventanilla del vagón regio al pasar el tren por delante de una estación.

El viaje de la princesa Victoria desde su entrada en España hasta su llegada al Pardo ha sido verdaderamente triunfal. En Irún recibió á la princesa su augusto prometido, quien le presentó al infante D. Carlos, á los ministros y á las autoridades. En los andenes, la multitud aclamaba á los augustos viajeros mientras los cañones hacían salvas, se lanzaban al aire infinidad de cohetes y las músicas tocaban el himno inglés y la marcha real.

A su llegada á San Sebastián, cum-

ce: «¡Felicidades!» sobre un hermoso arco de follaje. Al entrar el tren tocaron las músicas la marcha real y se oyeron vivas delirantes. El alcalde de Pamplona, una comisión de los jefes y oficiales de la guarnición y otra de señoritas regalaron á la princesa hermosos ramos y artísticas cestas de flores.

En el andén estaban el gobernador, el general, jefes y oficiales y comisiones de la guarnición, la Diputación y el Ayuntamiento de Pamplona, los ayuntamientos de los pueblos comarcanos, la Audiencia, el clero, los comités demócrata y conservador, el administrador de Hacienda, la Cámara de Comercio, representaciones de las sociedades de crédito y muchísimos particulares.

En Victoria hubo no menos entusiasmo que en las pobla-



TROPAS HACIENDO LOS HONORES AL PASO DEL TREN REGIO

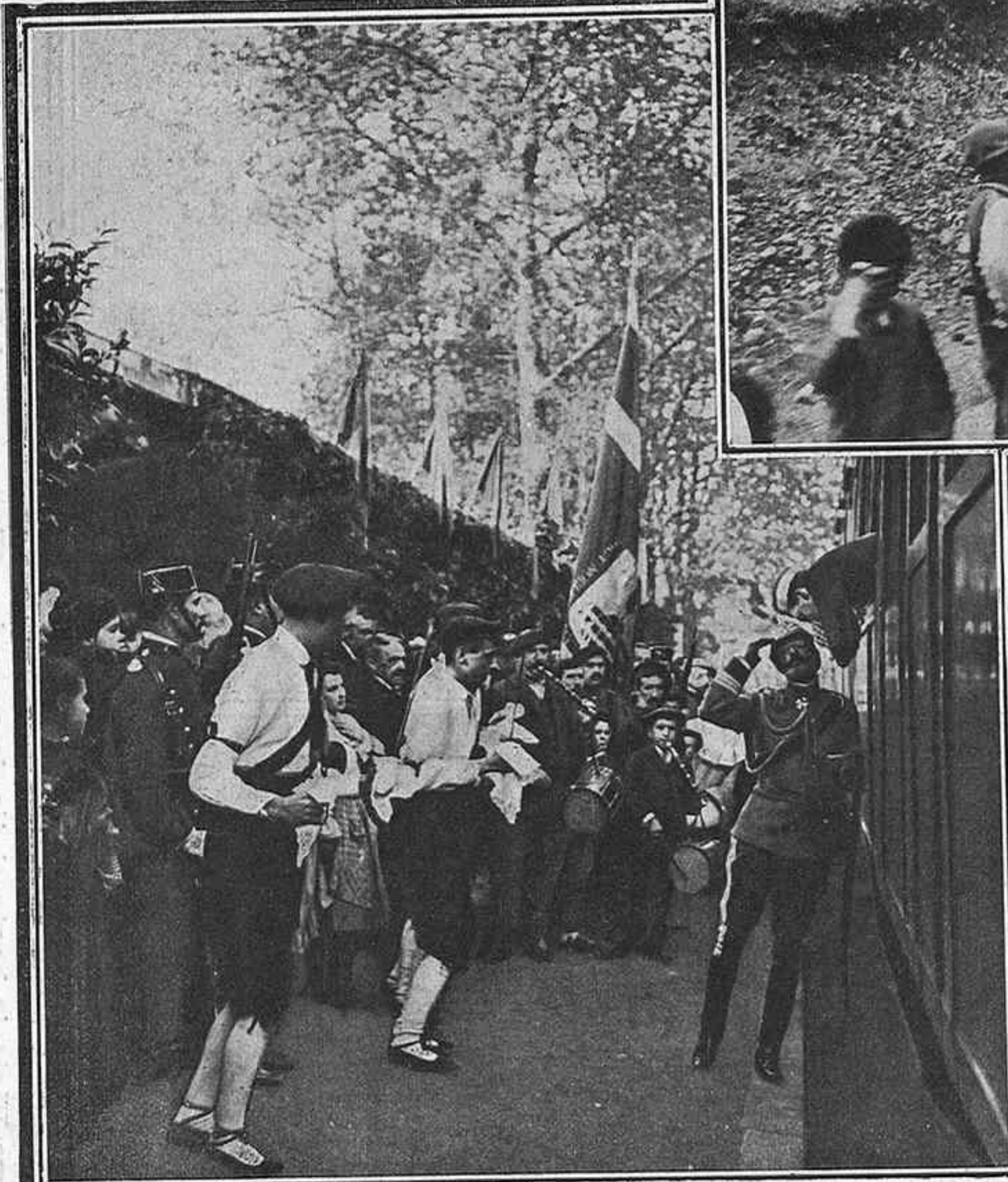
plimentaron al rey y á la princesa el Ayuntamiento en corporación, las autoridades y numeroso público; la princesa fué obsequiada con cinco ramos de flores.

En la estación de Zumárraga varios *espatadanzaris* bailaron delante del tren regio una danza típica guipuzcoana. Las músicas tocaron, en medio del mayor entusiasmo, la marcha real y el Guernicako Arbola.

La estación de Alsasua estaba vistosamente engalanada; en la entrada en agujas había un letrado dando la bienvenida á la princesa Victoria y en la estación otro que decía: «Navarra saluda á la futura reina. ¡Viva el rey!» A la salida de la estación se veía la siguiente inscripción, escrita en vascoen-

ciones antes citadas. La princesa fué obsequiada con numerosas canastillas de flores. En las afueras de la ciudad estaban formados los regimientos de Infantería de Cuenca y de Guipúzcoa, el segundo de Artillería montada y el de Caballería de Cazadores de Arlabán.

En Burgos habíase prohibido á primera hora la entrada del público en los andenes; pero, revocada más tarde, una multitud inmensa invadió aquéllos, aclamando al rey y á la princesa.



Espatadanzaris bailando una danza popular en la estación de Zumárraga ante la princesa VICTORIA y el rey D. ALFONSO XIII



Retrato de la princesa Victoria á su llegada al Pardo. Primero y único hecho con especial permiso de S. A.

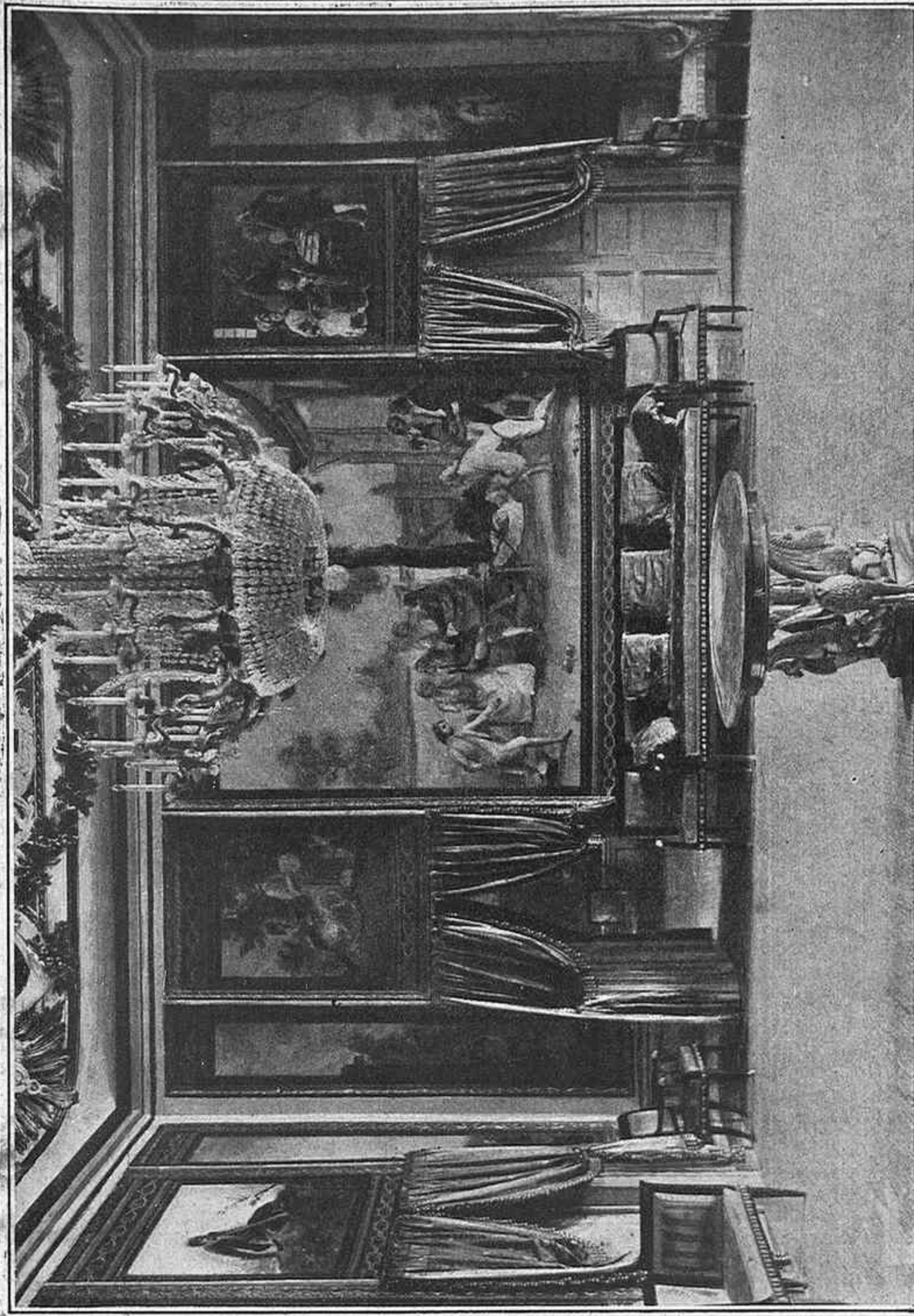
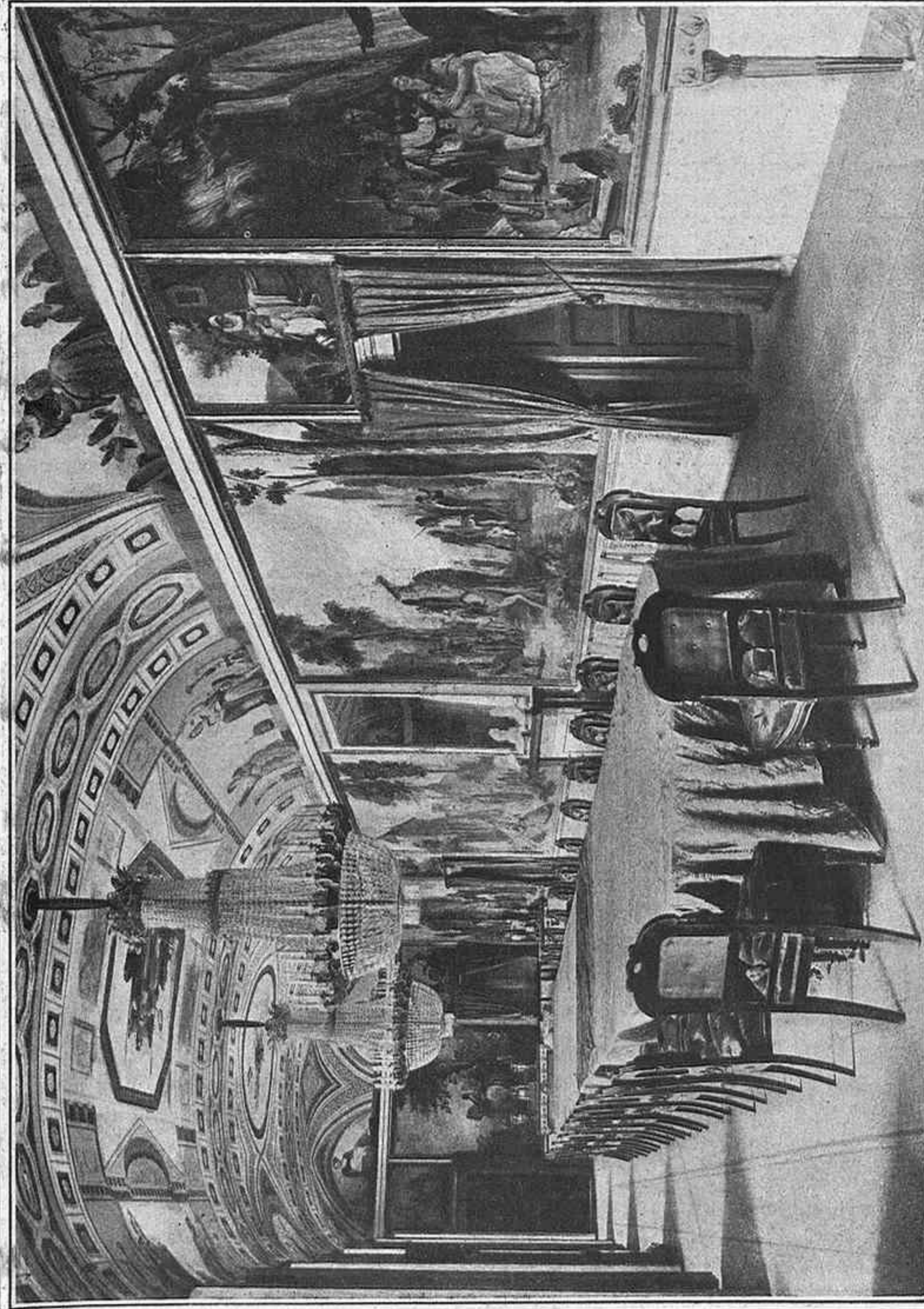
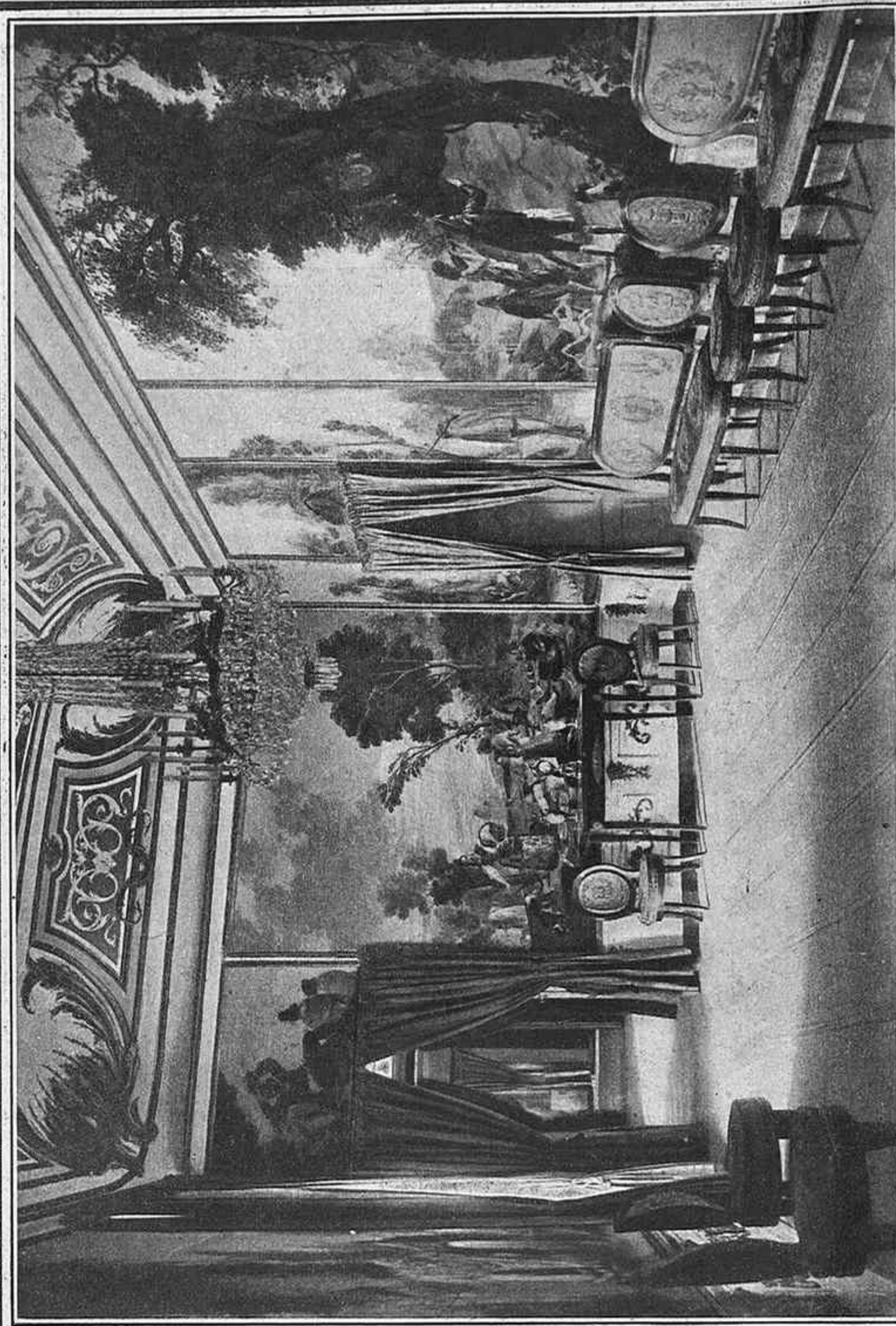
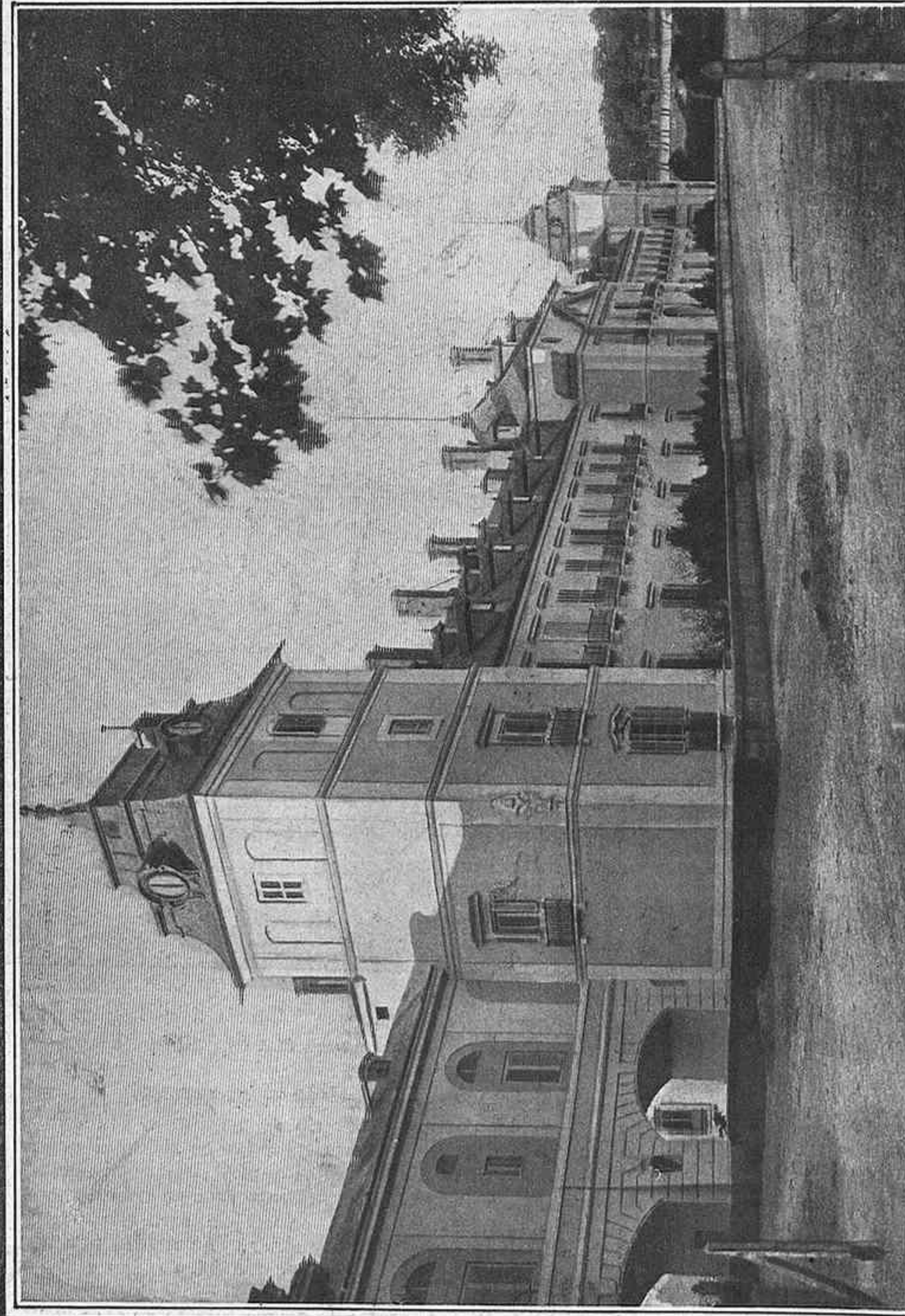
¿A qué proseguir la relación de las ovaciones que en todas las estaciones del itinerario recorrido por el tren regio se tributaron á los ilustres viajeros? Ponga la imaginación de nuestros lectores en todas ellas muchedumbres inmensas, ensordecedores aplausos, entusiastas aclamaciones, arcos, inscripciones, flores, músicas, salvas de artillería y salutations cariñosas de todos los pueblos, y se tendrá una idea del espectáculo que hubo de ofrecerse á los ojos de nuestro joven monarca y de la hermosa princesa.

De la llegada al Pardo damos cuenta en otro lugar. - X.

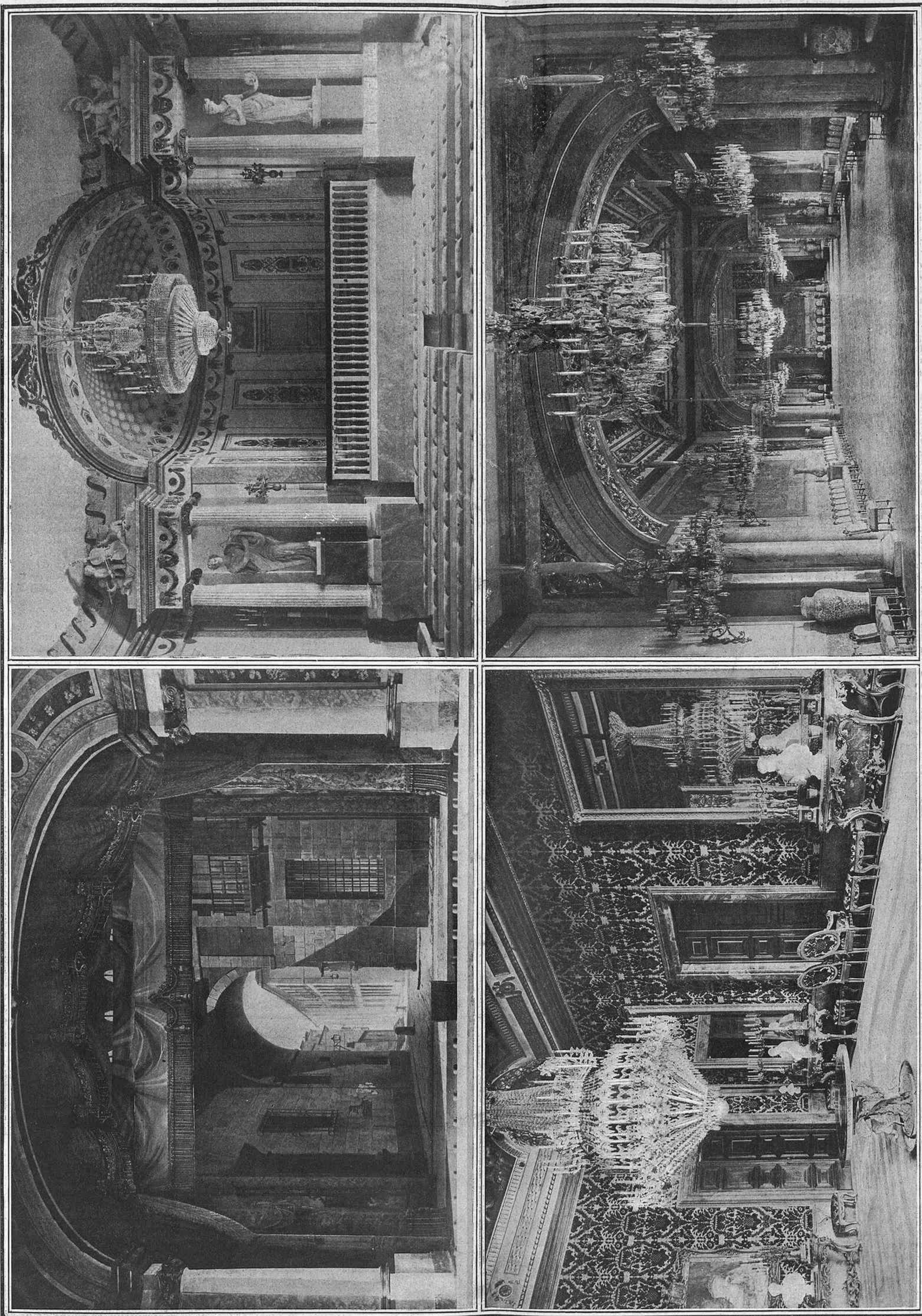


LLEGADA DE LA PRINCESA VICTORIA Y DEL REY D. ALFONSO XIII AL APEADERO DEL PLANTÍO

EPISODIOS DEL VIAJE DE LA PRINCESA VICTORIA DE BATTENBERG DESDE IRÚN AL PARDO. (De fotografías.)



PALACIO DE EL PARDO, en donde ha residido la princesa Victoria hasta el día de su boda. — Vista general del palacio. — Antecámara. — Gran comedor. — Salón de Embajadores.
(De fotografías de Franzen.)



PALACIO DE EL PARDO: Escenario en el teatro de la corte.—Palco real.— PALACIO REAL DE MADRID: Cámara de la reina Victoria.— Gran salón de fiestas.
(De fotografías de Franzen.)

LA BODA DE
S. M. EL REY D. ALFONSO XIII
EL «WEDDING CAKE»

Trajes de S. M. la reina Victoria

Con motivo de su enlace, S. M. el rey D. Alfonso XIII ha querido introducir en España la tradicional costumbre inglesa del *Wedding cake*, pastel que se come en el banquete de boda y que la novia distribuye entre los comensales.

El que ha servido para la boda de nuestro monarca ha sido confeccionado en Londres, tenía dos metros de altura y un metro de diámetro en la base y pesaba 300 kilogramos. Su cuerpo principal presentaba seis caras, separadas por columnas corintias, en las cuales hallábanse representados los principales viñedos españoles.

Un festón de flores de azahar, margaritas, mirtos y rosas blancas, escogidas por la misma princesa Victoria, rodeaban el pastel, en cuyo centro había un escudo monograma con la corona real de España.

Coronaba el pastel un grupo de amorcillos que sostenían en brazos artísticas canastillas, de las cuales pendían guirnaldas de mirtos y rosas.

El pastel, que era una obra notable de repostería, estaba hecho de una pasta que los pasteleros ingleses denominan *crema glacé*, é iba colocado en una fuente de plata maciza. El cuchillo con que se sirvió era de hoja de oro y mango de plata y medía 65 centímetros de largo.

Entre los muchos ricos y elegantes trajes de la que es ya reina Victoria de España, sobresalía naturalmente el de novia, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII, el cual ha querido que fuese confeccionado exclusivamente por obreras españolas; cuarenta de éstas han estado ocupadas durante más de cincuenta días en el bordado de tan preciosa obra. El traje, inspirado en el estilo Luis XVI, es de raso blanco de Lyon y está bordado en plata mate con ligeros toques de brillantes.

El manto, que arranca de los hombros en pliegue *Wateau*, está sembrado de diminutas flores de lis y lleva alrededor un bordado en plata de rosas y azucenas; tiene cuatro metros y sesenta centímetros de largo y está orlado con ancho encaje de *point d'aiguille*, sobre un volante de tisú de plata; de tisú de plata es también el forro de esta prenda. Sobre toda la línea de encaje corre una diminuta orla de flores de azahar.



LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. — El *Wedding cake* (pastel de boda)
(De fotografía de Underwood Underwood)

El vestido tiene bordados análogos y un volante del mismo encaje de medio metro de ancho, formando pabellones festoneados por flores de azahar.

El conjunto de ese traje es verdaderamente maravilloso.

Otro de los trajes que asimismo han llamado poderosamente la atención es el que junto con el de novia reproducimos en esta página; es de encajes de Alenzón con ramos de margaritas bordados y lazos celestes de plata.

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón Parés.*—Continúan los artistas barceloneses exhibiendo sus producciones en el *Salón Parés*, dando con ello muestra de su actividad y de su entusiasmo por el arte.

Nutrida ha sido la representación de los pintores, puesto que el número se ha hallado en relación con la variedad, destacándose entre los paisajistas Melchor Domenge, que forma parte de esa escuela olotana, fundada por el malogrado Vayreda, que tanto ha contribuido á la evolución operada por nuestro arte regional. Sus paisajes recomiendan por esa nota simpática y característica, fresca y jugosa que la avalora. La Srta. Elvira Malagariha ha expuesto, á su vez, varios estudios y retratos, que revelan sus aptitudes; J. Roca, algunos dibujos, y R. Durán exhibe sus primeros empeños artísticos representados por varios paisajes, al igual que la Srta. Luisa Botet, que demuestra cualidades apreciables.

No menos interés merecen las producciones escultóricas, siendo las que debemos mencionar el modelo que ha servido para ejecutar la medalla conmemorativa de las bodas reales, obra de nuestro amigo el ya laureado escultor Manuel Delgado Brackenbury, obra digna de aplauso, inspirada en las magistrales producciones de los maestros medallistas; así como las que á su vez han aportado el Sr. Plá y Madurell, conmemorativa de la colocación de la lápida en la casa en donde nació el popular compositor Anselmo Clavé.

Resta hacer mención especialísima de la copiosa colección de fotografías expuestas por el no menos meritísimo artista Pedro Casas Abarca, quien ha logrado demostrar cuánto puede obtenerse de la fotografía cuando de ella se sirve un espíritu culto y depurado. Variada es la colección y en ella hallanse representados diversos géneros, todos ellos inteligentemente compuestos, que revelan en el Sr. Casas una refinada educación artística.



LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. — TRAJE DE NOVIA DE S. M. LA REINA VICTORIA. — TRAJE DE ENCAJES DE ALENZÓN. (De fotografías de *Nuevo Mundo*.)

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Hacia los quince años se le ocurrió enamorarse; el objeto de su amor tenía doce ó trece, y fué aquel un idilio entre dos comediantes dignos el uno del otro.

Había en aquella época, á medio kilómetro de Cailfontaine, una ruina medio hundida y medio en pie, que se suponía haber sido en tiempos lejanos una fortaleza inexpugnable. Unos cuantos lienzos de muralla almenados, á veinte toesas de altura, un cuadrilátero alargado con ventanas góticas, bajo una bóveda calada sostenida por arcos, vestigio de una capilla, y en fin, los cimientos de una enorme torre brutal y redonda como un inmenso pozo, era todo lo que quedaba de la antigua morada, cuya historia no era conocida siquiera por los habitantes de la comarca de que dependía.

En el país, sin saber por qué, se llamaba á esta torre la «Torre de Carmesy.»

No era de nadie y la gente no tenía inconveniente en arrancarle piedras; la mayor parte de las casuchas de los alrededores debían á esa circunstancia el espesor y la solidez de sus fachadas.

Ahora bien: un día, un personaje de edad indefinida, alto y flaco, pero «muy distinguido,» hizo detener su coche delante de aquellos restos de los siglos. En aquel coche, alquilado en la ciudad próxima, había al lado suyo una señora todavía linda, pero que se veía que era extranjera antes de que abriese la boca; y delante de ellos, una niña esbelta, frágil, transparente, demasiado rubia, aérea, pálida, repentinamente un poco sonrosada y cuyos ojos verde mar eran sencillamente espléndidos.

Y como se supo después, cuando estuvieron establecidos en el lugar, aquellos extranjeros, ó mejor, aquellos aparecidos, eran el marqués Godofredo de Carmesy-Ollencour; su mujer, la marquesa Adelaida, una O'Brien, descendiente directa, después de ochocientos años, de los primeros reyes de Irlanda, y su hija Arabela, á la que se llamaba familiarmente miss Bella ó Bella á secas.

Apeados del coche, los tres nobles viajeros contemplaron largo tiempo, en silencio, la decoración dormida que se ofrecía á sus ojos. Por fin, con gran asombro del cochero, aldeano sin malicia, el marqués habló con grandes ademanes que abrazaban el espacio y con una voz enfática entrecortada por la emoción:

«Adelaida, Arabela, aquí es. Aquí es donde, hace ocho siglos, se detuvieron mis antepasados, de vuelta de Antioquía, y edificaron estas murallas, ahora derribadas, para cobijar en seguridad su raza.

»Eran entonces rudos guerreros, altos varones cubiertos de hierro, que, de la mañana á la noche, tenían la espada al costado ó en la mano para pelear. A su primer nombre de Ollencourt añadieron los árabes, para calificarlos, el sobrenombre de *Carmesi*, porque los veían siempre cubiertos de sangre en las

batallas, ó porque su temido estandarte era rojo obscuro con la cruz de oro.

»Ese apodo glorioso quedó en la familia, y cien años después figuraba en nuestros pergaminos. Los

»Todo aquí no es más que polvo; ni el recuerdo siquiera subsiste. He preguntado, ya lo sabéis; nadie conoce nada de esas glorias de otro tiempo. Yo mismo he vivido en el extranjero hasta este día, porque así lo ha querido el destino; sólo al fin de mi vida me es permitido pisar este suelo sagrado para mí.

»Pero encuentro al hacerlo un amargo goce. El recuerdo de estas glorias, de estos poderíos y de estas riquezas muertas me consuela un poco de nuestra injusta decadencia y de nuestra miseria inmerecida.

»Yo no sé si es verdad que las almas de los muertos pueden volver á la tierra; si es así, estad ciertas, Adelaida y Arabela, de que en este instante nos acogen, nos rodean y nos desean la bienvenida...»

De tal modo y con este énfasis, Godofredo de Carmesy siguió discurriendo largo tiempo para edificación de los suyos.

En el momento en que él estaba más lleno de orgullo celebrando una vez más sus orígenes, la marquesa Adelaida, con un fuerte acento británico, arriesgó esta corta observación dirigiéndose á su hija:

—En aquellos tiempos, Bella, mis abuelos eran reyes de Irlanda.

El marqués saludó, y volviéndose hacia la niña, dijo sencillamente:

—Desciendes de dos grandes casas.

Si, después de esto, la joven Arabela, que sólo tenía doce años, no formaba buena opinión de sí misma, no sería por culpa de sus padres.

Los nobles personajes se hundieron en la ruina, treparon, se despeñaron, saltaron barrancos, siempre impulsados por el entusiasmo.

Dos meses después, aquella extraña familia se había fijado en el país; los últimos retoños de los barones y marqueses de Carmesy habitaban en pleno campo una casa de aldeanos restaurada para su uso y alquilada por doscientos francos al año. Por este precio era grande y lo parecía más por la escasez

de muebles, pues aquella noble gente no era rica.

En las aldeas vecinas, donde ya su insolencia había suscitado cóleras, los campesinos se encogían de hombros...

—Barones del Pan seco. Marqueses de la Miseria.

La verdad era que no tenían gran aspecto. El marqués, vestido más bien como un pordiosero que como un noble, se pasaba la vida junto al río con una caña en la mano, «buscando su comida después de su almuerzo,» según afirmaba la benevolencia pública. La marquesa, envuelta en estrechas batas de tela ordinaria, iba del gallinero á la jaula de los conejos ó al cuadro de coles, vigilando con un ojo sus animaluchos y con el otro sus verduras. La noble heredera de un doble pasado de gloria, vestida con descuido con una especie de sacos rectos, de lienzo ó de lana,



La niña, sentada en el suelo, se sujetaba con las dos manos la rodilla.

descendientes de los fogosos capitanes de Gauthier Sans Avoir le adoptaron como un título, y bajo esa apelación reconocida y legitimada crecieron en nobleza, por el favor de los reyes, y llegaron á ser condes y barones hereditarios.

»Allí estaba la capilla, que contenía, todavía no hace un siglo, los blancos sarcófagos de los abuelos dormidos, aunque ya el castillo, incendiado en tiempo de Luis XIII, hubiera sido abandonado.

»¡Evocad el pasado en un sueño!

»Esta torre, de la que no quedan más que los cimientos, dominaba el país y defendía el castillo; los edificios eran vastos, escarpados los baluartes, profundos los fosos. En esta fortaleza han vivido los míos respetados y orgullosos de su valor y de su fuerza.

que llegaban á las rodillas, aunque la chica era ya alta, y con unos inmensos sombreros de paja recogidos en forma de capota, recorría los caminos ó permanecía sentada horas y horas en un montón de tierra, pálida de sueños y perdida en la contemplación de un horizonte que era siempre el mismo.

Así vestida, resultaba excéntricamente linda, desconcertante, loca, inolvidable; los muchachos le tenían miedo y la respetaban. Era además arrogante, miraba á la gente de alto abajo con sus ojos diabólicos y obligaba al saludo á las tímidas campesinas.

Este trío, reunido al anochecer, apagaba sus fuegos á las ocho en invierno, y en verano no los encendía. Jamás salía ruido alguno de aquella extraña casa donde todo se hacía en silencio; acaso sus habitantes no se hablaban.

Ahora bien: ese conjunto de antigüedad nobiliaria, de rareza de aspecto y de pobreza orgullosamente sufrida, al menos en apariencia, sedujo á la señora de Reteuil, siempre al acecho de sucesos nuevos para distraerse.

No hacía seis semanas que aquella gente extravagante vivía en la comarca, y ya la preocupaban hasta el punto de hablar de ellos continuamente. De este modo se informó en su provincia y en París, y á fuerza de preguntar á todo el mundo, acabó por encontrar alguien que la respondiese.

No fué brillante la respuesta. Si en los tiempos fabulosos los Carmesy habían sido puros caballeros, hacía un siglo por lo menos que su descendencia, caída en la miseria, no presentaba más que una sucesión de aventureros sin pudor, merodeadores cosmopolitas, que traficaban con sus títulos, con sus armas y con sus coronas y vivían de amor, de juego, de intriga y acaso de espionaje, ricos un día y pobres el siguiente.

Este momento era para Godofredo un día siguiente.

Se sospechaba que se había establecido en su país de origen con la única esperanza de encontrar allí más fácilmente víctimas que deslumbrar antes de despojarlas. En el suelo de sus antepasados debía maniobrar con paso más seguro.

Se añadía que había vivido quince años en Australia empleando su genio en diversos oficios; que había encontrado allí una joven, nacida en Melbourne de padres irlandeses tan nobles como miserables, y que se había casado con ella por amor, pues era el tal capaz de todo. De esta unión había nacido una hija, Arabela, que tenía en las venas sangre de Francia, de Irlanda, de Australia y sabe Dios de dónde más; y esa fusión de razas, concentradas en aquel ser, daba por resultado la asombrosa muchacha que conocemos, alucinante y alucinada, sabiéndolo todo sin saber nada, acaso ferozmente cándida y acaso triplemente perversa según esas tres herencias. Se sabía también que en los últimos años la familia Carmesy había recorrido diversos países sin fijarse en ninguno.

La de Reteuil no se desanimó por el resultado de sus averiguaciones y declaró ante su conciencia que todo aquello no era más que calumnias y bajas envidias. No dijo palabra á los suyos, y siguió ardiendo en deseos de conocer á aquellas buenas personas.

Aquellas buenas personas, recogidas en su agujero, la dejaban venir, demasiado listos para dar los primeros pasos. Los Reteuil y los Valroy formaban parte de las «esperanzas» del genial marqués. Lo mismo que Adelaida y hasta que Arabela, Godofredo notaba perfectamente que su más próxima vecina, la castellana, los miraba sin aversión; pero seguía tieso en su dignidad, dejando madurar la breva y acechando la ocasión.

En aquella época la señora de Reteuil estaba muy sola en sus veleidades de cortesía respecto de los Carmesy. Su hija no se cuidaba de ellos más que de cualquiera otra cosa; el conde Juan los encontraba sospechosos y equívocos y olfateaba la industria y el merodeo; y en cuanto á Jacobo, habiendo encontrado un día á Bella en el camino, hubo entre los doce años de la una y los quince del otro un bello asalto de impertinencia.

Iban el uno hacia el otro y sus miradas se habían encontrado de lejos; el joven, tan insolente como la muchacha, y la muchacha, tan obstinada como el joven, ninguno de los dos quiso bajar los ojos; y de este modo se encontraron de manos á boca, concentrando todas sus fuerzas en las pupilas y con ganas de morderse.

La chica murmuró:

—¡Grosero!

Y él:

—¡Saltimbanqui!

Después de aquello, las relaciones quedaron más bien tirantes.

Pero la de Reteuil tenía su idea, la cultivaba y no esperaba más que una oportunidad para ofrecer sus

buenos oficios y declarar su secreta simpatía. Esa oportunidad no tardó en presentarse.

Tenía la anciana, entre otras manías, la de pasearse en coche al paso de dos jamelgos, todos los días, de cinco á siete, antes de comer, por los caminos del bosque.

Hacía quince años que no había dejado de hacerlo casi ningún día.

Algunas veces convidaba amigos á este paseo, complaciéndose en tener «salón», según ella decía, al aire libre; y estas invitaciones, buscadas por la pequeña nobleza de los alrededores, eran bajamente solicitadas por la alta burguesía. Como en otros tiempos en las carrozas del rey, montar en el coche de la señora de Reteuil concedía á los escasos elegidos una patente de distinción.

Algunas veces también se iba sola en el gran carruaje á rodar silenciosa por las blandas rutas; eran los días en que tenía malos los nervios, un poco de jaqueca ó cierta tristeza de alma.

Esos días no se presentaban más que dos ó tres veces al mes, pero se presentaban. Y en esta ocasión fué cuando le ocurrió una aventura que al principio la alarmó mucho, para colmarla después de abundante felicidad al realizar sus deseos.

Iba una tarde, á eso de las siete, al paso dormilón de sus dos caballos, uno blanco y otro negro, antiguos servidores envejecidos en la casa, y solitaria y melancólica, atravesaba una plazoleta bajo una bóveda oscura de hojas entrelazadas, cuando una repentina aparición la hizo estremecerse y levantarse de repente en los almohadones que mecían su pereza.

En la orilla de un foso cantaba y brillaba en el verde una mancha roja; era la falda estrecha y corta de miss Bella.

La niña, sentada en el suelo, se sujetaba con las dos manos la rodilla derecha, que manaba sangre, y parecía sufrir.

La buena señora se quedó conmovida al mismo tiempo que ligeramente satisfecha por las consecuencias que eran de prever. La anciana tiró al cochero de los faldones de la levita, le mandó parar y ordenó al lacayo que viniese á ayudarla á bajar.

Y se precipitó hacia la heredera de los reyes de Irlanda, que se estaba soplando la rodilla para calmarse el escozor de un profundo arañazo.

—¡Pobre hija mía! ¿Qué tiene usted?.. ¡Sangre! Es horroroso... A ver, á ver... ¿Quiere usted sales?.. ¡Dios mío!

La señorita de Carmesy separó la mano que le ponía un frasco de sales debajo de la nariz y ocultó la rodilla bajándose la falda.

Delante de extraños volvía á tomar su aspecto de altiva dignidad y tenía vergüenza del desarreglo de su persona. Sacudió la pálida cara, contuvo sus lágrimas, ensombreció sus ojos y declaró:

—No es nada.

La de Reteuil no era de esta opinión.

—¡Cómo nada! ¿A eso llama usted nada?.. De seguro no puede usted andar... Tiene usted para ocho días de cama. Por fortuna la Providencia me ha hecho pasar por aquí... Pedro va á llevar á usted al coche y vamos á conducirla á su casa.

Bella rehusó brutalmente.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no la conozco á usted.

La anciana sonrió.

—¿Tendré que presentarme? Oiga usted, por el instante no tengo nombre; soy la ocasión que pasa, el socorro anónimo. A pesar de todo su orgullo, no puede usted andar á pie los tres kilómetros que la separan todavía de su casa. Está usted obligada á aceptar mi ayuda y yo la dispense de toda gratitud... ¿Quiere usted consentir ahora en que Pedro la lleve?

La muchacha era variable y cambiadiza y esta vez respondió:

—Sí.

—Enhorabuena, exclamó la de Reteuil. Ya es usted más razonable.

Bella fué instalada en el coche, y en el momento se arrellanó como en su casa; cuando los caballos volvieron á tomar su lenta marcha, la niña soñaba con los ojos entornados y la pierna extendida en la banqueta de delante.

Un indefinido bienestar invadía lentamente su frágil persona. Aquella pobrecilla, descendiente de nobles afortunados, volvía á encontrar la riqueza con cándida voluptuosidad y se colocaba en ella graciosamente como en su marco natural.

Ablandada por estas impresiones felices, Bella se civilizaba; la de Reteuil la observaba en silencio con el corazón rebosando ya entusiasmo y una necesidad de abnegación por aquella hada vagabunda. Con resplandeciente sonrisa que deslumbró á la anciana, la joven se dignó hablar y hacer confidencias.

—Me he caído y he rodado desde lo alto del repecho; no sé cómo me ha faltado el pie, pues he dado ese salto más de veinte veces... Me he hecho daño, y sabe usted, para que yo diga esto es preciso que sea verdad, pues tengo la piel dura y una voluntad...

La de Reteuil la admiró. ¡Qué energética!.. ¡Qué bravura!.. ¡Qué asombrosa niña!..

La anciana daba gracias al cielo por haberle proporcionado al fin el medio de entrar en relación con aquella ilustre familia y de merecer su preciosa amistad, ya que no su agradecimiento, por el interés que pensaba demostrarles en estas circunstancias y en otras después.

Bella, decididamente dulcificada y de buen humor por el sordo rodar del coche debajo de los árboles, olvidaba su herida y seguía hablando con su extraordinaria voz al mismo tiempo seca y cantante.

Le gustaban los bosques á causa de su silencio y de su soledad; pero los de Francia eran bosques de juguete... Había ella visto otros que llenaban comarcas enteras y donde no se podía entrar sin armas ó en comitiva... Había en ellos de todo, serpientes y tigres... En los de Francia no había más que conejos.

Y se reía con desprecio.

Pero más que nada le gustaba el mar. Ante esa evocación, su mirada se puso lánguida y se prolongó hacia espacios sin límites; por sus grandes ojos verdes pasaron en un momento todo el Océano Indico y sus resacas de cobre.

Había vivido en los puertos y respirado el acre olor de la breva al lado de los pesados barcos amarrados al muelle, en las negras aguas; conservaba en el oído el silbido de los vapores dirigiéndose á la alta mar y la llamada estridente de las sirenas desgarrando las nieblas.

Su corta vida, en la estela de sus padres, era ya una vida de aventuras. La muchacha decía con orgullo que había dado la vuelta al mundo ó poco menos.

En aquella alma naciente, ya confusa, acaso, de origen, todas esas visiones y recuerdos recientes hervían en locura, se imponían en éxtasis ó rebotaban en una vibrante nostalgia.

Aquella niña no podía ser normal y equilibrada; no podía tener ni espíritu de ilación ni buen sentido; era fatalmente fantástica, caprichosa y sin duda embustera, siendo imaginativa y viniendo de lejos. ¿Qué mujer debía salir de aquella niña?

Cuando el coche atravesó las aldeas causó sensación; las comadres, en las puertas, no volvían de su asombro. Arabela se irguió orgullosamente, y doblando su rodilla herida sin hacer caso del dolor, se sentó muy tiesa con su más insolente sonrisa.

No respondió á los saludos, que sabía bien que no se dirigían á ella; miró á la gente desde lo alto de su carruaje y se divirtió mucho.

Le ocurrió la idea de que haciendo un poco la corte á su nueva amiga, obtendría acaso el acompañarla en sus paseos cotidianos.

Y esta perspectiva la sedujo.

Entonces, sin transición, se hizo zalamera, insinuante y flexible, resuelta á conquistar aquella posición, sin saber que la tenía conquistada hacía mucho tiempo.

La de Reteuil resultó así más estimulada en sus diversos sentimientos; su sed de intimidad aumentó hasta más allá de toda moderación.

Cuando el coche se detuvo ante la especie de gran cabaña en que se albergaban los altivos descendientes de los reyes fabulosos de Irlanda, la puerta siguió cerrada; nadie se presentó.

—Hay que llamar, dijo la de Reteuil.

—No, respondió Bella, es inútil; mi padre está en el río y mi madre en la huerta, detrás de la casa. Vamos allí.

Así lo hicieron. Arrastrando la pierna, pues la herida, ya fría, le ocasionaba gran dolor, la niña introdujo cortésmente, según sus nuevos proyectos, á aquella buena señora que tenía coche.

Y de repente, al volver la esquina de la tapia, la de Reteuil vió á la que iba buscando, la marquesa Adelaida de Carmesy-Ollencourt. Estaba en enaguas y cuerpo de percal blanco é inclinada con atención hacia un cuadro de verduras, dando minuciosamente caza á los caracoles.

En las disposiciones en que se encontraba la castellana, decidida de antemano á admirarlo todo, aquella actitud le pareció grandiosa, y murmuró encantada:

—¡Qué sencillez!

La presentación fué rara. Levantándose con toda su estatura, la marquesa Adelaida esperaba una explicación.

Arabela la dió á su modo, que era sumario:

—Mamá, esta señora me ha encontrado en el bosque, herida en la rodilla, y me ha traído en su coche. La de Reteuil saludó y sonrió con una cara llena

de promesas. Si el marqués hubiera estado presente, se hubiera estremecido de satisfacción como cuando veía en el río, bajo el agua transparente, alguna gran tenca alrededor del anzuelo.

Adelaida se inclinó, no sin gracia:

—Gracias, señora.

En seguida, cogiendo á su hija por mitad del cuerpo, la echó en sus brazos y le levantó las faldas.

—¿Herida en la rodilla? A ver..., á ver...

Examinó la herida y dijo después de un minuto:

—No es grave... Con un poco de alcohol se cicatrizará en seguida.

Adelaida cantaba sus frases con un fuerte acento inglés que no dejaba de tener su encanto.

La señora de Reteuil quiso enviar su cochero al castillo á buscar árnica, vendas y todo lo necesario para una cura regular, pero la marquesa rehusó con un ademán suave y casi tímido.

—Mil gracias, señora..., es inútil..., un poco de alcohol y estará curada.

—Pero, al menos, ¿tiene usted alcohol?, preguntó ingenuamente la castellana.

Al oír esta pregunta, Adelaida volvió á sonreír, pero esta vez con una sonrisa de muchacho burlón, mientras Bella murmuraba con convicción sacudiendo sus bellos rizos:

—Lo que es eso, de seguro...

Las dos mujeres y la niña entraron en la cabaña, restaurada y bautizada con el nombre de Villa Rústica.

En el umbral, la de Reteuil respiró con delicia; en aquella inclassificable morada reinaba una atmósfera particular. Oía á tabaco de Oriente, á almizcle, á pimienta y á sándalo.

Mientras la madre lavaba la herida de su hija, la visitante por accidente pudo mirar á su alrededor. Unos cuantos muebles raros, más exóticos que antiguos, guarnecían insuficientemente las vastas paredes de una sala muy grande que servía de comedor y de salón según la hora y las circunstancias.

También había, colgados aquí y allá, trofeos de armas indianas, tambores ó escudos tomados á las tribus negras, arcos, mazas y hachas, armas primitivas de todas las razas torpemente estancadas en la infancia de las edades; delante de las ventanas había tres *rocking-chairs* que habían viajado, dos grandes y uno pequeño. En medio, una ancha y larga mesa de ébano macizo, groseramente trabajado, estorbaba la circulación; debía proceder de una choza de rey negro.

Pero la señora de Reteuil no pudo continuar su examen.

La marquesa había abierto un armario y sacado unas cuantas botellas cuyas etiquetas estaba consultando. Se podía leer en ellas: Gin, Whisky, Schiedam, Marc de Borgoña, Calvados, Cognac y otros nombres elocuentes venerados por los borrachos.

Por fin, se decidió por la botella de aguardiente gascón; vertió un buen chorro en un platillo, desgarró un pañuelo de hilo, muy usado, en tiras regulares, las empapó en el alcohol y curó la rodilla de la niña de un modo hábil y casi sabio. Aquella gente no ignoraba nada.

La de Reteuil se quedó aturrida; tantas botellas, todas empezadas, la sorprendían. Acaso eran la explicación del profundo silencio que reinaba en casa de los Carmesy después de la cena. Pero no se detuvo en tan poca cosa, y para alimentar su entusiasmo, se maravilló de la destreza de la marquesa y manifestó sus sentimientos.

—¡Bah!, dijo la extranjera, en Australia y en América hemos hecho con frecuencia la guerra... Había que saber estas cosas, y las sé.

Después de esto, ¿cómo no extasiarse? ¿Dónde encontrar semejantes héroes y tales heroínas?

Había que confesar en conciencia que era una bendición para la provincia la presencia de personajes tan notables y tan preciosos. La anciana se congratuló una vez más del venturoso azar...

En este momento, volviendo á sus botellas, la marquesa Adelaida dijo:

—¿Quiere usted beber una copita?

La castellana protestó, á pesar suyo, con un gesto violento de repugnancia y de horror.

—No, no..., jamás...

La descendiente de los reyes de Irlanda guardó sus botellas en el armario, no sin un suspiro de pesar. También miss Bella hizo un gesto al verlas desaparecer.

Era probable que, por las noches, la mujer y la hija acompañaban en sus libaciones al esposo y padre. A pesar de lo cual la de Reteuil se marchó encantada.

Adelaida y Arabela, que se sostenía mejor con su pierna vendada, la acompañaron hasta el coche, en el que ella subió con ligereza en alas de la satisfacción.

Había invitado á todos los Carmesy á ir á ver, á

usar de ella, á cazar en sus bosques, á pescar en sus estanques y á considerarla, sobre todo, como una amiga; y aunque Adelaida reservó las decisiones del único amo, el marqués, su esposa sumisa dejó entrever que eran posibles y hasta deseables las relaciones entre las dos casas.

Cuando el coche se alejó, se cruzaron todavía cordiales despedidas en el silencio del camino desierto.

Aquella misma tarde, no pudiendo guardar para ella sola tan grave noticia, la de Reteuil se fué á Valroy. Jacobo la recibió en la escalinata y aquel amable nieto la felicitó sin tardanza.

—¿Conque recoge usted los bohemios por los caminos, abuela?

Esta dió un salto, pálida de indignación, y replicó duramente:

—Jacobo de Valroy, tu bohemia desciende por su padre de los Cruzados del año mil y por su madre de los primeros reyes de Irlanda. No está bien que te burles de ellos.

Jacobo no cedió y dijo con guasa:

—La pequeña Carmesy..., no está mal.

Y añadió, repitiendo una expresión que había oído:

—Esa gente descenderá de donde quiera, pero lo que yo sé es que ha descendido demasiado...

—¡Qué sabes tú!, respondió la anciana, decididamente encolerizada. Cuando los encuentres en mi casa, lo que sucederá de seguro, me harás el favor de saludarlos cortésmente. Si no, tendré el sentimiento de decirte delante de ellos cuatro verdades. Ya lo sabes.

Para que la de Reteuil se atreviera á hablar de este modo á su señor nieto, era preciso que creyese tener mucha razón. Jacobo comprendió que el momento era malo, se encogió de hombros y se alejó.

Pero la nueva amiga de miss Bella pudo confiar sus entusiasmos á la condesa Antonieta, á quien todo interesaba lo mismo, es decir, nada. Pintó á la niña como una aparición de leyenda; y en cuanto á la marquesa su madre, dijo:

—¡Ah, querida, si la hubieras visto en medio de sus ensaladas!.. Es bíblica, sí, bíblica, es la palabra.

Antonieta no protestó. Con un frasquito debajo de la nariz, no pensaba en nada ni escuchaba siquiera.

Cuando Juan de Valroy conoció esta aventura, expresó su descontento, pues creía que aquello era abrir la puerta á la explotación, y trató á su suegra de vieja loca; pero esto era demasiado corriente para que se tuviera en cuenta.

En casa de los Carmesy también reinaba cierta emoción. El marqués Godofredo volvió de la pesca con una gran red al hombro; el día había sido bueno y había una buena fritada en perspectiva. Estaba, pues, de bastante buen humor.

Al entrar en la casa, dejó la pesca en la mesa y dijo noblemente:

—Aquí está la comida.

El marqués oyó con benevolencia el relato de aquella tarde llena de acontecimientos. El accidente ocurrido á su hija no le contristó gran cosa, pues no era hombre que se alarmara fácilmente, pero las consecuencias que de él se deducían encendieron una corta llama en el fondo de sus ojos, de ordinario velados de misterio.

Al oír que la de Reteuil había venido y se había deshecho en amabilidades, se frotó las manos y murmuró varias veces:

—¡Ya pican!

Pero mientras estuvo en ayunas no tradujo sus verdaderas impresiones.

Después de comer, cuando tuvo delante formadas en batalla las seis botellas de elixir reconfortante, inspiradoras de esperanza y de grandes pensamientos, se puso elocuente después del primer vaso.

Dirigiéndose á su hija lo mismo que á su mujer, pues comprendía que aquella niña, al crecer, se convertiría entre sus manos en un arma formidable y en objeto de una partida brillante, se explicó de este modo:

—Es evidente que esa buena señora se arroja á nuestro cuello y se apodera de nosotros á la fuerza... Dejémosla hacer... Conocéis, hijas mías, la situación tan bien como yo. Con lo poco que nos queda, dentro de un año no tendremos un céntimo. Se trata de rehacerse de aquí á entonces. En este país es posible y por eso hemos venido.

Hizo una pausa, bebió un trago y siguió diciendo con voz inflada:

—En el suelo feudal donde mis abuelos se establecieron por fuerza, hicieron justicia y ahorcaron tanta gente, es inadmisibles que yo, su único retoño, llegue á carecer de pan. El pasado salvará el porvenir; cuento con ello; pero, no lo olvidéis, sed siempre O'Brien y siempre Carmesy. Es nuestra única potencia. Todos estos noblezuelos de los alrededores, por ricos que sean, tienen pergaminos de tres al cuarto. Los Valroy

son nobles de negocios, los Reteuil de toga hasta el Imperio, cuando se unieron al corso, lo que, dicho sea de paso, no les sirvió de mucho. La señora de Reteuil es de nacimiento burgués y se casó por su dinero con aquel último Reteuil que se mató de aburrimiento. Todo esto no vale gran cosa en punto á antepasados. Sin discusión, valemós más que ellos; hagámoslo comprender. No nos entreguemos sin algunos remilgos, á fin de hacernos desear. Cuando las amistades sean estrechas, yo me encargo de sacar el partido que más convenga á nuestro provecho. He dicho, hijas mías... Adelaida, una copita... Y tú, pequeña, toma tu gota.

Una hora después, el marqués, completamente borracho, roncaba en su cama. La marquesa, con los ojos brillantes, dormitaba extendida en una de las mecedoras, y miss Bella, en pie sobre una pierna, como un ibis del Nilo, miraba por la ventana crecer lentamente las sombras sobre los árboles del bosque.

Unos días después, á las cuatro de la tarde, la de Reteuil vió llegar sola y á pie, cojeando todavía un poco, á la señorita Arabela de Carmesy-Ollencourt.

La anciana, pálida de emoción, dejó prontamente la ventana desde donde contemplaba la extensión de su dominio, y se precipitó de sala en sala hasta la escalinata, á recibir á la noble visitante.

La encontró en el jardín en gran conversación con los perros, que le hicieron buena acogida, la llamó con los brazos abiertos y la recibió como una vasalla á su soberana. Bella aceptó gravemente los cumplimientos sin tratar de devolverlos.

Iba á dar las gracias á la de Reteuil por haberla recogido el otro día cuando estaba herida; era un deber que cumplía de buen grado, pero expresaba su gratitud con frialdad é indiferencia.

Traía la lección bien aprendida. Debía pensar continuamente en los abuelos de Francia y en los antepasados de Irlanda. Se dignó entrar en el gran salón, cuyas ventanas fueron abiertas para ella. El mueblaje era suntuoso y había en las paredes cuadros antiguos de gran precio, pero Bella no vió nada ni pareció mirar nada. Es de gente de poco más ó menos el admirar las cosas en casa ajena.

Hundida en un gran sillón, con las manos juntas, su anciana amiga la escuchaba extasiada de tanta desventura y de tanta juventud.

Preguntó por la marquesa, y la muchacha le respondió en seguida que aquélla se encontraba bien, gracias al cielo, y seguía cultivando su jardín.

Miss Bella no pareció pensar que su madre hubiera, acaso, podido acompañarla en su visita, ó si lo pensó no lo dijo. Era ya mucho honor haberse presentado en aquel lugar y en ese instante, y así lo dió á entender.

Era aquella niña tan excepcional, impudente y cándida, orgullosa y sencilla, y tan raramente compuesta de elementos diversos, que resultaba imposible, aun para el examen más minucioso, distinguir en ella el verdadero color de su naturaleza.

Lo mismo podía ser buena que diabólicamente perversa.

La de Reteuil no buscaba tan hondo; entregada á su capricho, se complacía en su propio asombro y saludaba á aquel género de niña desconocido de ella y que la dejaba estupefacta y maravillada.

A pesar de las leyes de la etiqueta, la joven prolongaba la visita y no se iba; sabía que á las cinco debía venir el coche á pararse en la puerta; y á pesar de sus desdeñosas altiveces, alimentaba la secreta esperanza de ser invitada á ocupar en él un puesto. Preocupada en este cálculo hablaba distraídamente y volvía á cada momento la cabeza hacia el jardín espionando los ruidos hacia el lado de las cocheras y de las cuadras.

De pronto vió aparecer lo que menos esperaba ni había previsto, al vizconde Jacobo de Valroy en persona que entraba en casa de su abuela como en la suya propia.

Al ver la falda roja en una butaca del salón, el joven retrocedió al pronto, pero el orgullo le impulsó á avanzar impasible.

La de Reteuil, á pesar de su edad y la de los dos personajes, se levantó de repente y se puso solemne, queriendo ser comprendida y obedecida. Una vez no hace costumbre.

La anciana presentó ceremoniosa y largamente al vizconde la hija del marqués, con títulos y cualidades, sin olvidar á los reyes de Irlanda.

Por una de esas salidas habituales de su caprichosa naturaleza, á Jacobo se le ocurrió encontrar á la pequeña Carmesy á su gusto y saludarla como á una princesa. Bella, halagada á pesar de todo, respondió graciosamente, y la señora de Reteuil se conmovió hasta llorar.

(Se continuará.)

ENTIERRO DEL BEY DE TÚNEZ

El domingo, día 13 de mayo último, efectuóse en Túnez el entierro del bey Sidi Mahomed el Hadi, fallecido dos días antes.

Apenas ocurrido el fallecimiento, toda la familia beylical, que permanecía en el gran patio del palacio Dermech, residencia del bey, prorrumpió en ruidosas lamentaciones, y las esposas del difunto, lanzando grandes gritos, se cubrieron la cabeza y se arañaron la cara con las uñas. Poco después, el cadáver, envuelto en preciosas telas, fué trasladado desde el palacio Dermech al de Kassar-Said, situado en las afueras de Túnez, en donde quedó expuesto dentro de un ataúd provisional de madera blanca pintada con azafrán, cubierto de sederías azules y encarnadas, sobre el cual se veía el uniforme de gala del bey difunto con el cordón de la Legión de Honor, y á cuyo alrededor ostentábanse diversas plantas aromáticas.

A las seis de la mañana del día 13 comenzaron las tropas á cubrir la carrera que había de recorrer el cortejo fúnebre; poco después, el nuevo bey, Mahomed el Nasr, llegó al palacio de Kassar-Said y penetró en la cámara mortuoria, en donde, rodeado de los príncipes de la corte, escuchó las preces de los imanes, mientras en las habitaciones contiguas sonaban desesperados lamentos de las princesas.

Terminada la ceremonia religiosa púsose en marcha la comitiva; las tropas beylicales presentaron armas, la bandera beylical, que ondeaba en el frontón del palacio, fué arriada é izada varias veces y en las antiguas murallas se dispararon salvas de artillería. Después de algunos minutos de andar á pie, el bey subió á un coche y escoltado por sus oficiales dirigióse al galope á la Kasbah, situándose luego en la plaza que delante de ésta se extiende, rodeado del delegado de la residencia, del alto personal de la casa de Francia, de las autoridades civiles y militares, del cuerpo consular, del Consejo Municipal y de innumerables delegaciones de las cofradías musulmanas.

Llegado el cortejo á aquel sitio, depositóse el féretro en un lugar reservado, rodeado de esteras, en las que se colocaron el jeque ul Islam, los muftis y los cadís, que rezaron las oraciones del ritual; terminadas éstas, aquellos jefes religiosos besaron la mano al nuevo bey, el cual, con su acompañamiento, se retiró al palacio, después de haber recibido las expresiones de pésame de los concurrentes.

Con esto concluyó la ceremonia oficial; pero el cortejo fúnebre, precedido por los cantores y seguido por los hijos, el yerno y otros próximos parientes del difunto, encaminóse lentamente, al través de las es-



El nuevo bey de Túnez MAHOMED EL NASR. (De fotografía.)

trechas calles de la ciudad árabe, á Turbet-el-Bey, en donde están los sepulcros de los beys tunecinos. Una vez allí, el cadáver de Mahomed el Hadi fué descendido á la tumba, abierta en una gran sala, revestida de mármol y con una capa de arena en el fondo, y

sobre la cual se construirá más adelante el mausoleo.

El nuevo bey Mahomed el Nasr nació en 1856 y es hijo de un hermano menor de Sidi Ali, padre y antecesor del difunto bey Mahomed el Hadi. Su proclamación efectuóse el día 12 en el palacio del Bardo, en presencia de todos los príncipes y dignatarios de la corte, recibiendo la investidura de manos del representante del residente francés, pues sabido es que Túnez se halla bajo el protectorado de Francia.—S.

ENRIQUE IBSEN

El gran dramaturgo noruego, el reformador del teatro moderno, ha fallecido el día 23 de mayo último en Cristianía. Desde hacía algunos años su privilegiada inteligencia se iba extinguiendo lentamente y sus últimos trabajos resultaban casi incomprensibles aun para sus más fervientes admiradores. Tiempo hacía también que no salía de su casa y que no recibía más que á sus íntimos.

Enrique Ibsen nació en Skien en 20 de marzo de 1828. Su padre, comerciante acomodado, arruinóse á consecuencia de desgraciados negocios, y Enrique, á la edad de diez y seis años, para ganarse el sustento y poder seguir la carrera de médico, hubo de entrar de dependiente de una farmacia. Cuatro años después escribió su primer drama, *Catilina*, que publicó impreso antes de darlo al teatro y que obtuvo muy escaso éxito. En 1850 trasladóse á Cristianía con intento de graduarse de licenciado en Medicina; pero más que los estudios de esa facultad cautivó el cultivo de la literatura. En aquella capital conoció á Vinje y á Bjornson, y el trato con éstos aumentó su afición á las letras y le hizo abandonar definitivamente la carrera comenzada. Poco después hizo representar el drama *El paje del guerrero*, que el público acogió con aplauso, y al año siguiente fué nombrado dramaturgo del teatro nacional que acababa de fundarse en Bergen, en donde permaneció hasta 1857, época en que pasó á desempeñar un cargo análogo en el teatro de Cristianía, habiendo durante aquellos seis años hecho algunos viajes por el extranjero á fin de perfeccionarse en el conocimiento del arte escénico. En el propio año 1857 representóse su drama *Los guerreros de Heligoland*; pero la obra que le dió fama fué la *Comedia del amor*, estrenada en 1862; esta producción estaba inspirada en un espíritu eminentemente



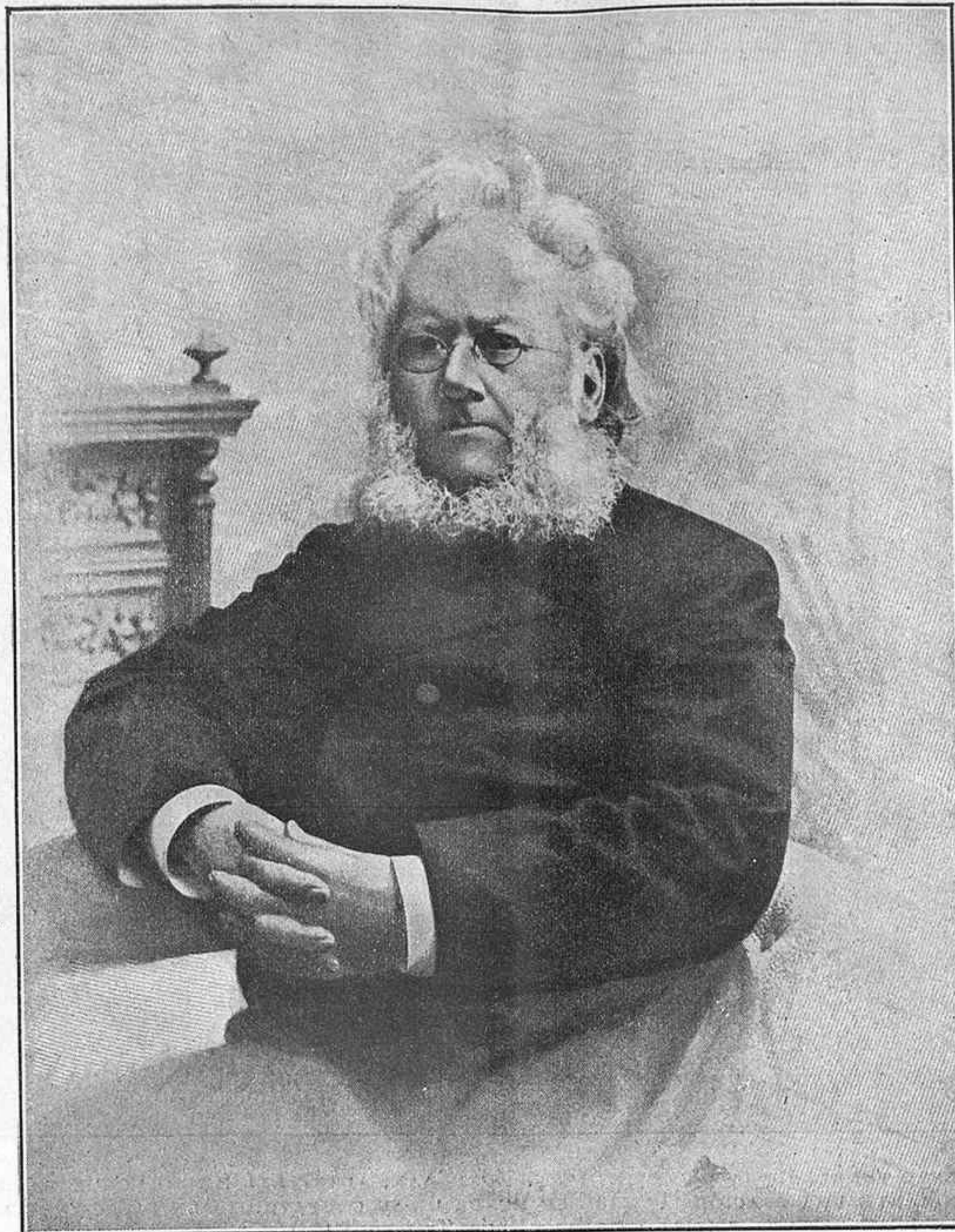
TÚNEZ. — ENTIERRO DEL BEY SIDI MAHOMED EL HADI. Cortejo de indígenas que figura en la ceremonia. Cada grupo representa una cofradía de una mezquita; de cuando en cuando, los grupos se detienen, forman círculos y rezan oraciones. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

liberal que en aquel entonces agita-
ba la opinión en Noruega y que dió
lugar á muy reñidas polémicas. Des-
de aquel entonces, Ibsen fué mirado
con prevención por las clases eleva-
das de la sociedad. Su drama histó-
rico *Los pretendientes á la corona*,
que era un llamamiento á la unión
de todos los pueblos del Norte, le
atrajo la hostilidad de sus compa-
triotas, por lo que en 1864 hubo de
abandonar su país y refugiarse en
Italia, estableciéndose en Roma, en
donde terminó sus obras *Brand*,
Peer Gint, *Emperador y Galileo*,
Unión de la juventud y *Los sostenes
de la sociedad*.

De Roma se trasladó en 1868 á
Dresde y de aquella época de su es-
tancia en Alemania datan sus famo-
sas obras *Casa de muñecas*, *Los es-
pectros*, *Rorsmesholm*, *El ánade sil-
vestre*, *El enemigo del pueblo* y *La
dama del mar*, que fueron represen-
tadas con gran aplauso en Viena
unas y otras en el teatro particular
del duque de Sajonia Meiningen.
Con estos dramas entró Ibsen re-
sultadamente en el simbolismo que
en lo sucesivo debía predominar en
todas sus producciones, tales como
El arquitecto Solness, *Juan Gabriel
Borkmann*, *El pequeño Eyolf* y so-
bre todo en su último y casi incom-
prendible trabajo, *Cuando desperta-
remos entre los muertos*, que publi-
có en 1900.

Al fin, tras algunos años de des-
tiero más ó menos voluntario, re-
gresó á su patria, que desde enton-
ces le festejó y celebró como gloria
nacional.

Enrique Ibsen, como todos los
grandes innovadores, ha sido discu-
tido con verdadero apasionamiento:
admirado con idolatría por unos,
censurado y satirizado por otros, el
gran dramaturgo noruego fué un espíritu profundo y
elevado, algo confuso, pero en extremo potente. Ta-
rea en extremo difícil es la de describir en pocas pa-



EL EMINENTE POETA Y DRAMATURGO NORUEGO ENRIQUE IBSEN,
fallecido en Cristianía el día 23 de mayo último. (De fotografía.)

labras la fisonomía intelectual de Ibsen, fisonomía
compleja constituida por elementos noruegos y filo-
sóficos que adolecen de cierta vaguedad. Su teatro en

perdurará al través del tiempo y del espacio, como el
de un apóstol de una idea nueva, como el de un re-
formador del arte dramático universal.—N.

nada se parece al que hasta hace
poco estábamos acostumbrados á
ver; es esencialmente intelectual, hu-
mano, altamente inspirado, poético
y familiar en sus pormenores. La
evolución ordinaria de la intriga
está en él reemplazada por la mar-
cha ascendente de una idea, siendo
cada una de sus obras un drama de
conciencia: una casualidad hace
brotar en el espíritu del protagonis-
ta la sospecha de una verdad nueva,
de la que hasta entonces no tenía
noción alguna; poco á poco, esa ver-
dad toma cuerpo, se impone, pene-
tra como un rayo de luz en el alma
de aquél haciéndole ver el mundo
bajo un nuevo aspecto que, á modo
de revelación, surge, y entonces pro-
dúcese el choque trágico entre el
ideal nuevo y el mundo viejo, y ofre-
ciéndose éste como una mentira,
una ilusión, encuéntrase el héroe en
él como ser de otra especie, aislado,
perdido en una tierra hostil y extra-
ña, viéndose obligado á comenzar
nuevamente la vida, como la Nora de
Casa de muñecas, ó á matarse, como
la Eduvigis de *El ánade silvestre*.

Este lado idealista del teatro de
Ibsen, esta investigación implacable
de las verdades y bellezas absolutas
del alma, coexiste, por un contraste
obligado, con un lado realista de
observación y de estudio de costum-
bres; por esto en Ibsen, al propio
tiempo que un ideal lleno de angus-
tias, de vertiginosos conflictos, en-
contramos un mundo familiar, per-
sonajes de la vida real, caracteres
de segundo término á quienes el
ideal del poeta asusta porque les
perturba en su ordinaria existencia.

La muerte del ilustre poeta ha sido
para su patria un duelo nacional;
para las letras universales, una pér-
dida irreparable. El nombre de Ibsen

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin
núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

**REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD**
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu.—Todas Farmacias.

FUMIGATION
MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las *Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gur-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos,
Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

**ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR**
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**
**EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE**
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PILULE
de BLANCARD**
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.
EXIGIR LA SIGNATURE
APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE
DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
Depósito. BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 AÑOS de éxito.



BERLÍN. - INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO FUNERARIO DEL COMPOSITOR R. NORDRAAK, AUTOR DEL HIMNO NORUEGO. EL CÉLEBRE DRAMATURGO NORUEGO BJORNSTJERNE BJORNSON, PRONUNCIANDO UNA ORACIÓN FÚNEBRE EN HONOR DE SU COMPATRIOTA EN EL ACTO DE DESCUBRIRSE EL MONUMENTO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA ANEMIA

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

RACHITIS CLOROSIS

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. St-Denis, 48

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE**. **DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN